



DESPLEGADO

164-

HOMENAJE A FRANKLIN D. ROOSEVELT

CURSOS  
Y  
CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

# CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 189.874

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL, \$ 12.— — NUMERO SUELTO, \$ 1.50  
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CANGALLO 1372—U. T. 38 - 2432  
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Director:

ARTURO FRONDIZI

Secretaria:

BEATRIZ MAAS

## SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

RAYMOND RONZE: La crisis de las democracias occidentales en vísperas de la guerra. — ARIEL MAUDET: Roger Martin du Gard. — VICENTE FATONE: Nietzsche y el problema religioso. — NORBERTO RODRIGUEZ BUSTAMANTE: Acerca de una obra de Patricio Grau. — VIDA DEL COLEGIO.

# CURSOS Y CONFERENCIAS

---

## SUMARIO

**MARGARITA ARGUAS:** Significado de la Cátedra Franklin Delano Roosevelt.

**JUAN S. VALMAGGIA:** Roosevelt, el hombre y el ciudadano.

**RICARDO M. ORTIZ:** La política económica y social de Roosevelt.

**JOSE MARIA CANTILO:** La política exterior de Roosevelt.

(Conferencias pronunciadas en el Colegio el 17 de mayo de 1945, en el acto de inauguración de la Cátedra Franklin D. Roosevelt, de estudios americanos).

**LA CARTA DEL ATLANTICO.**

**ROOSEVELT EN LA ARGENTINA.**

**LAS CUATRO LIBERTADES.**

**JORGE ROMERO BREST:** Estética de las artes del plano.

**LOS LIBROS.**

**VIDA DEL COLEGIO.**

Memoria, Inventario, Informe de Tesorería y Balance General.



AÑO XIV  
Volumen XXVIII  
Número 164

CURSOS  
Y  
CONFERENCIAS

Noviembre  
DE 1945  
BUENOS AIRES

## Significado de la Cátedra Franklin Delano Roosevelt

Por MARGARITA ARGUAS.

El día 13 de abril, a propuesta del Secretario del Colegio Libre de Estudios Superiores, y por el voto unánime de los señores miembros del Consejo Directivo, se creó la cátedra Franklin Delano Roosevelt, de estudios americanos. Era el homenaje del Colegio, a la memoria del ilustre muerto. Creo que si él hubiera podido conocer los distintos modos con que el mundo civilizado, acongojado por su desaparición, ha querido honrarle, esta decisión del Colegio habría sido grata a su corazón y a su inteligencia.

Por primera vez en la historia del Colegio, se da el nombre de un no-argentino —me resisto a llamarlo un extranjero— a una cátedra. Bien está, sin embargo, el nombre de Roosevelt al lado de Bartolomé Mitre, de Sarmiento y Alberdi, de Juan María Gutiérrez, Lisandro de la Torre y Alejandro Korn.

Se ha dicho con razón, que Roosevelt, ciudadanos de Estados Unidos, es también un ciudadano de América y del mundo. Es esencialmente, un gran gobernante. Honra del hombre, en la más bella acepción de la palabra. Frente al desmoronamiento de valores y conceptos, que caracterizará en la historia esta época oscura y trágica en que nos ha tocado vivir, el nombre de Roosevelt aparecerá con fuer-

za de esperanza, desde que los regímenes totalitarios comienzan a imponerse en la Europa sobrecogida por el temor. El presidente vió temprano el peligro y trató, con los medios limitados y conscientes que ofrece el sistema institucional americano —persuasión con los grupos mayoritarios del Congreso, discursos, envío de delegados diplomáticos hábiles o de representantes personales— de conjurarlo. Desgraciadamente, su acción no fué comprendida sino tarde, cuando ya ningún poder humano podía detener la consecuencia inevitable de toda dictadura en el orden de las relaciones internacionales.

Una línea indivisible de conducta dirige en Roosevelt la acción del hombre privado, del ciudadano de su país, del gobernante y del conductor. Es el equilibrio inteligente entre terribles fuerzas en tensión. Hay un cierto tinte mesiánico en su posición equitativa entre las fuerzas del Imperio Británico y las de Rusia, que avanza más acá del Oder, imponiendo su ideología, subrayada por millones de hombres muertos en defensa de un ideal.

Cómo no honrar en la cátedra a este gobernante de una gran República, que en los trágicos días de la primavera de 1941, cuando parecía que Inglaterra no podría resistir la destrucción sistemática, realizada con verdadera saña nazi, y cuando Estados Unidos no había aún preparado sus arsenales, angustiado por las que pudieron ser para todos, trágicas consecuencias de la derrota inglesa, se dirige a Churchill en un mensaje que es llevado por Wendell Wilkie, su enemigo de los comicios del día anterior, y donde, para reconfortarlo, le transcribe versos de Longfellow. La cita, hecha días pasados en la Cámara de los Comunes por el primer ministro inglés, es de una pura emoción.

Hay en el gesto solidaridad humana y previsión de gran gobernante porque, en realidad, los límites territoriales de Estados Unidos están en el Canal de la Mancha, y la rendición de Inglaterra hubiera tenido imprevisibles proyecciones extra-europeas. Hay también pruebas de su altura de espíritu, al confiar la abnegada misión a su antagonista político, y hay una gran belleza en el simbolismo del lenguaje, que sólo podía comprender otro magnífico jefe, como era el destinatario. Qué distancia de siglos de luz media entre este gesto, y el idioma inhumano y desorbitado que usaban los dos personajes del Eje en sus mensajes de odio y exterminio.

En esta hora aciaga que vive la República, bien está la creación de la cátedra Roosevelt. Roosevelt trajo a las viejas palabras libertad,

democracia, justicia, soberanía del pueblo, una renovada plenitud. Con el entronizamiento de las concepciones totalitarias, se había producido una especie de desvalorización de ellas. Deslumbrado por la eficiencia mecánica de las creaciones del nazismo, el hombre de la calle dudó un instante, que se convirtió después en años de dolor, de la eficacia y contenido vital de esos conceptos, que desde la Convención de Filadelfia en América, o desde la Revolución Francesa, con más universalidad, habían presidido la convivencia de los hombres en sociedad.

Roosevelt volvió a darles su significado preciso y su valor fundamental, porque la obra del gobernante consolidó su definición teórica y su contenido pragmático. Hubo siempre indudable compenetración entre un discurso del Presidente y la invocación a principios fundamentales incorporados a la legislación norteamericana. Entre su acción en el orden interno y su actuación internacional.

Bien está la cátedra para que volvamos a estudiar que la democracia y la libertad no son palabras vanas, desprovistas de un contenido trascendente. Y que ellas, en boca de ciertos detentadores del poder, pueden llegar a convertirse en imperdonables blasfemias.

La cátedra creada bajo la advocación de Roosevelt será escuela de democracia y de efectiva solidaridad americana. Sólo la democracia practicada en el orden interno de los Estados, asegura sinceridad en las relaciones internacionales. La historia ha demostrado que las democracias no son agresivas. La separación de los poderes, base del sistema representativo y garantía de los derechos individuales, asegura el equilibrio y controla las deformaciones del poder. Los medios técnicos puestos al servicio de la guerra y que fructificarán en la paz, han demostrado que ya no es posible el aislamiento a menos de retroceder a índices de pre-historia. Las concepciones científicas humanas han sobrepasado la imaginación. En el orden de las relaciones internacionales de los Estados, ha pasado la hora de las neutralidades empecinadas y de las soberanías agresivas. Ni aún Estados —continentes como Estados Unidos o Rusia, podrían subsistir sin la interdependencia cultural y económica que aseguran las comunicaciones modernas. Roosevelt sabía eso y reaccionó con su máxima energía contra el criterio provinciano de alguno de sus antecesores.

No hay hombres providenciales. Roosevelt no pretendió nunca serlo. Tuvo grandes colaboradores y consejeros, en las cuestiones técnicas o específicas. Los escuchaba; los consultaba, y aunque la visión

profética le caracteriza, sabía muy bien que los graves y complicados problemas de orden político, social y económico que debe resolver el gobernante de un Estado moderno, no se condicionan por líneas de intuición o simplismos demagógicos.

En cumplimiento de los fines de la cátedra, vendrán profesores de los otros países de América a traernos su mensaje de democracia en términos de su aplicación local, e irán los nuestros a decirles que seguimos fieles, en la entraña, a la tradición democrática civil de Rivadavia, de Mitre y de Sarmiento.

Se volverá a buscar en las leyes fundamentales de las Repúblicas americanas el secreto de la armonía en la convivencia ciudadana y en la internacional. Porque las constituciones no son documentos muertos; se vigorizan con la práctica decente.

Claro que el proceso formativo de las constituciones ha sido distinto en las trece colonias que después integraron la Confederación americana, y en Latino-América. Allá, la Constitución fué la expresión ordenada de principios que tenían larga tradición en el derecho anglo-sajón, y que habían sido ejercidos.

Las instituciones políticas incorporadas a las Constituciones de Centro y Sud América, no se modelaron sobre la situación real de las colonias españolas. Las Constituciones tuvieron que ceñir las costumbres.

Hubo un evidente espíritu teorizante en la adopción de las formas de gobierno; se impusieron éstas, porque se creyeron más perfectas, pero sin consultar la tradición y las probabilidades locales de que resultaran eficientes y hacederas.

Aceptamos con Madison (El Federalista, XXXIX) "esa honrosa determinación que anima a los partidarios de la libertad a asentar los experimentos políticos sobre la base de la capacidad del género humano para gobernarse", pero no creemos que haya una capacidad innata, y otorgamos a la instrucción política del pueblo, innegable valor formativo.

Una etapa de la guerra ha terminado. La organización de la paz será la piedra de toque de las especulaciones contemporáneas en materia política. Los movimientos de reacción que suceden a las épocas de tensa inquietud, una vez que desaparece el peligro inminente, los sentimientos de confusión y desaliento que ya parecen florecer en Europa, hacen menester un encauzamiento de las apetencias y dere-

chos por el camino de una efectiva democracia. Esa será la única salvación y así lo preveía Roosevelt.

“Los gobiernos deben aprender que donde la libertad no existe, no se encontrará ni orden ni seguridad. Todo poder tiene sus límites que serán fijados por los gobernados mediante la fuerza, si la moderación de los gobernantes no ha sabido trazarlos. Los soberanos pueden enviar a la cárcel a aquellos que les resisten; ellos pueden barrer una asamblea por medio de sus soldados; pueden enrolar ejércitos de espías; pueden ahorcar a los rebeldes por veintenas en las intersecciones de los caminos; pero, ¿cuál es el poder que podrá resistir el momento terrible en que la rebelión se convierta en un mal menos insoportable que aquel que se soporta? ¿Quién podrá disolver el terrible tribunal que, en el corazón de los oprimidos, pronuncie contra los opresores la sentencia de una salvaje justicia? Porque el poder que no conoce el freno de las leyes, no puede ser protegido por ellas. Es, entonces, poco sabio huir hacia la servidumbre, como si fuera un refugio contra las conmociones; porque la anarquía es la consecuencia inevitable de la tiranía. Para que los gobiernos sean estables, es necesario que las naciones sean libres”. He ahí resumida, con palabras de Macaulay, en sus Ensayos sobre la Historia de Inglaterra, una gran lección de derecho político, dirigida a los gobernantes y los gobernados de todos los tiempos. Ni poder incontrolado, ni servidumbre, porque la anarquía y el desorden son las consecuencias inevitables de la tiranía.

Roosevelt fué una expresión elevada de democracia y de confraternidad internacional. Su “política del buen vecino”, que se ha hecho específicamente americana, fué en un principio, al expresarse en su primer mensaje Presidencial, de valores universales.

Haber creado una cátedra bajo la invocación de su nombre significa que maestros americanos, en términos de confraternidad americana, pero con ideales de valor universal y humano, enseñarán democracia y la practicarán con el ejemplo de sus vidas públicas, buscando realizar en América el genio del hombre americano que es la libertad.



# Roosevelt, el hombre y el ciudadano

Por JUAN S. VALMAGGIA

Experto y sagaz comentarista de las cosas y los hombres que se agitan en esa historia en formación que es nuestro tiempo, el nuevo embajador de Francia en Buenos Aires, M. Wladimir d'Ormesson, podía escribir con profunda verdad a fines de 1936 y refiriéndose a la triunfal confirmación de Mr. Roosevelt como ocupante de la Casa Blanca: "La espléndida reelección de Mr. Roosevelt no es el triunfo de un partido ni el triunfo de una política; es el triunfo de un hombre" He ahí una explicación anticipada del criterio con que la dirección del Colegio Libre ha distribuido los temas para esta justiciera recordación de la gran figura que hoy honramos. Si siempre ha de tenerse en cuenta la ecuación humana, ello está más ineludiblemente impuesto en presencia de cierto tipo de conductores que parecen complacerse en volver a plantear de tanto en tanto el viejo problema de la influencia recíproca y del valor correlativo de estos dos elementos capitales del devenir histórico: el medio social y los grandes hombres. Un juego natural de acciones y reacciones nos ha hecho casi siempre discurrir por zonas extremas, por eso mismo alejadas de la realidad en que se mueve la humanidad media. No es esta la hora y menos aún la

ocasión de revivir la vieja polémica jamás agotada. Entre Carlyle y Emerson y ciertas formas de determinismo histórico habrá siempre quienes opten. Esta tarde nos bastará sugerir la duda en torno a las posiciones intransigentes, evocando la vida y la obra de un auténtico "héroe", de un cabal "hombre representativo", de una figura señera de nuestra América y del mundo, que en una hora decisiva de la historia marcó el rumbo, empuñó con mano firme el timón e impregnando al medio social de su propio optimismo, de su misma fe en los grandes ideales, de su resuelta decisión de servirlos y de hacerlos triunfar, llevó a su pueblo a hacer lo que debía hacer y lo que hizo con entereza admirable singular.

Tócame, pues, hacer la presentación del actor exxtraordinario de tanto episodio trascendente, del hombre y del ciudadano que en seguida veréis moverse en los escenarios esenciales que le depararon dos grandes crisis de nuestra época —la crisis económica-social y la crisis internacional — que Roosevelt juzgaba con razón como simples manifestaciones concretas, casi diría materiales, de una crisis más honda, subyacente, la auténtica crisis de nuestro tiempo, crisis de los principios y de los valores morales, desfallecimiento de la conducta.

Así mis palabras de hoy ocuparán un hueco forzosamente modesto, entre la bella "introducción" que acabáis de escuchar de labios de la doctora Margarita Argúas y los sólidos trabajos de autorizada especialización que os han de comunicar el ingeniero Ricardo M. Ortiz y el ex ministro de Relaciones Exteriores D. José María Cantilo.

¿Quién fué y qué hizo este magnífico ejemplar humano cuya muerte ha conmovido tan profundamente a todas las multitudes del mundo? ¿Cómo lo hizo, sobre todo, y en obediencia a qué principios actuó este gobernante a quien tanto debe el mundo de hoy?

Es fácil seguir la trayectoria de Roosevelt a través de las generaciones de su casa y a lo largo de su propia existencia. Tan rectilínea es, no porque haya sido capaz de rectificaciones saludables, sino porque la orienta y la conduce una suma de normas fuera de las cuales no resulta difícil extraviarse en la "áspera vía".

Los Roosevelt han llegado a tierra americana cuando el siglo XVII se acerca a su mitad; los Delano —de quienes procederá la madre de Franklin— viven en ella desde 1624. Veinte años des-

pués de establecerse los últimos en un lugar de Massachussets, Claes Martenzen van Roosevelt ha sentado sus reales en Nueva Amsterdam, creada por colonos holandeses como este que se instalaba junto al río Hudson en 1644. Más tarde, mucho más tarde, los Delano irán a vivir frente a la residencia solariega de los Roosevelt, río de por medio y un día James, el futuro padre de Flanklin, habrá de cruzarlo para buscar su segunda mujer, Sara, a quienes debemos tan nobles y sabrosas referencias a la vida de su hijo. De los viejos Países Bajos provienen, así las dos familias que confluirán con Flanklin Roosevelt. Son originarias, pues, de tierras en que se sabe luchar y morir por la libertad y emprender por ella el triste camino del exilio. Allí empezó a ponerse el sol en los dominios del orgulloso rey hispano. Allí florecieron las altivas democracias burguesas que historió Pirenne y que en lucha alternativa con los obispos, los señores y el emperador, afirmaron el sistema de libertad compatible con la época. Allí, en dura brega con la locura sanguinaria de los Austria, sobre la sangre y el dolor de todos se construyó la patria libre que en 1648 reconoció la paz de Westfalia. Allí vivieron y prosperaron gentes que tuvieron que hacer su territorio arrebatándolo palmo a palmo al mar, hacia el cual estarán perpetuamente vueltas y que será su campo de acción y el teatro de sus triunfos. Eran rudos hombres de empresa capaces de altos combates por causas desinteresadas, estos activos holandeses del siglo XVII, que se habían adherido con fervor resuelto a la reforma religiosa, desde la centuria anterior. Evocar sus características y sus inquietudes, sus anhelos, sus amores y sus resistencias, vale casi tanto como reseñar el mismo orden de preocupaciones en la vida y en la obra de Franklin Roosevelt. La Biblia en lengua vulgar era su libro de cabecera, su compañero de todas las horas. Asidos a una tierra exigua que trataban de extender conquistando sobre el mar nuevos retazos, eran entrañablemente realistas, mientras prendidos a los horizontes remotos y a las riesgosas aventuras ultramarinas, cultivaban ese su espíritu de empresa que era como un moderador del realismo ancestral. Así, prácticos y aventureros a la vez, enemigos de la intolerancia, acogedores para los perseguidos después de haber visto escapar a la persecución a muchos de sus mejores hijos, serán los constructores de la soberbia metrópoli financiera que será la Amsterdam del siglo XXVII, los creadores más acá del océano de esa Nueva Amsterdam que ha de ser, con el andar del tiempo y despojada de su pri-

mitivo nombre, la deslumbradora Nueva York de los días de hoy. Pacíficos por temperamento, serán no obstante capaces de unir a Europa contra toda amenaza de opresión material y espiritual, como en la larga serie de años del reinado de Luis XIV. De esa raza procede Roosevelt, de esa raza que en el transplante a la vera del Hudson ha conservado el espíritu pristino, constituido en Hyde Park una colonia holandesa en el seno de la cual se operan casi siempre y durante décadas los matrimonios, y que allí suma a los dotes originarias, en el caso de Franklin, cierto aire de gentilhomme aldeano a quien le place sin embargo el contacto con el agua vecina y la práctica de los deportes náuticos.

La atmósfera física y el ambiente familiar, tanto como la gravitación de los recuerdos que pueblan la "gentilhommière" de Hyde Park, moldean de esta suerte el espíritu del futuro hombre público. Tenemos para seguir las reacciones instintivas del niño, la evolución del adolescente y los actos racionales del hombre con arduas responsabilidades, un documento inapreciable: es el relato que con referencias facilitadas por su propia madre se ha publicado bajo el título "Mi hijo Franklin". La impregna, como es natural, el hondo afecto de una madre ejemplar y la marca con un sello distintivo la posterior carrera del héroe. Tiene mucho de apólogo, pero ¿no es emocionante y definidor el hecho de que haya sido posible construir la biografía de este hombre vital y viviente a la manera de una obra de imaginación destinada a aleccionar a los demás? Encuentro en el apólogo maternal un episodio de apariencia trivial, pero que no me resigno a silenciar porque se me ocurre significativo.

Era hacia 1887. Franklin tenía alrededor de cinco años y una apariencia desasosegada, inquietante. Sus padres concibieron serios temores ante el rostro desganado del niño, frente a su ánimo alterado por causas ignoradas. Un día su madre le preguntó, apenada, si se sentía infeliz:

—Sí — replicó el infante — soy muy desdichado.

La respuesta sorprendió a la señora de aquel hogar ampliamente holgado y requirió una explicación.

—¡Oh! ¡Quién tuviera libertad! comentó más que contestó el niño.

Evidentemente, la vida reglamentada que llevaba no le placía. Faltaba acaso en ella un lugar para la aventura que había tentado

y seguía tentando a los de su raza. Para la aventura idealmente posible, aunque la reflexión o el ánimo nos lleven a no afrontarla. Tuvo, pues, la libertad que ambicionaba. Advirtió sus alcances y apreció su sentido entrañable aquel día en que volvió a su casa sucio y deshecho, retomó sus libros y se sintió feliz al saber que era libre, al percibir que su labor iba a ser en adelante el fruto no de una disciplina impuesta desde fuera sino surgida de su propia razón, de su propia voluntad, de la única disciplina posible y constructiva, que es la que halla en la libertad con que se la consiente la fuerza capaz de edificar sociedades sólidas y regímenes políticos progresistas.

La pasión por la libertad, la resistencia a toda imposición extraña, el odio a cualquier forma de opresión, van a ser así elementos decisivos en la vida toda de Franklin Roosevelt. No en balde dirá en 1933 al asumir por primera vez el mando: "Lo único que debemos temer es el temor mismo..." No en balde uno de los documentos máximos de su existencia se consagrará a proclamar "las cuatro libertades", que son las encarnaciones concretas de la libertad sin complementos, "para todos los hombres, sin distinción de credos, de razas o de patrias", porque aquella pasión tiene en el espíritu de Roosevelt el alcance ecuménico y el afán proselitista que impregnan toda su labor de hombre, de ciudadano y de gobernante y que explican los hechos esenciales de su política.

El nos expresará este sentido universal de su idea del hombre en función de la libertad, en la conmovida plegaría que elevó el 4 de junio de 1942, al entrar México y las Filipinas en el grupo de las Naciones Unidas:

"Todos somos hijos de la tierra. Si se oprime a nuestros hermanos, también se nos oprime a nosotros. Si ellos padecen hambre, también lo padecemos nosotros. Si se les arrebatara la libertad, la nuestra estará en peligro".

Y cuando quiere dar a las Américas una fe que sea firme fundamento de la paz continental, dirá a Buenos Aires, inaugurando la conferencia de 1936:

"Al buscar la paz quizás sea mejor empezar por proclamar la fe de las Américas: la fe en la libertad y su realización, que ha demostrado ser en medio mundo una fortaleza inexpugnable a todo ataque".

En la libertad señala además su carácter de idea-fuerza de la evolución humana, cuando dice al Congreso de la Unión:

"El hombre libre es insatisfecho y rechaza el "statu quo" de la impasibilidad bien hallada con el estancamiento..." lo que se vincula con este otro concepto: "La aspiración democrática no es meramente un aspecto reciente de la historia, es la historia misma".

Impulsado por esta pasión generosa y desinteresada, elabora Roosevelt su propia existencia, a la manera de una obra de arte, como un milagro de la voluntad, diríamos evocando el retrato del hombre del Renacimiento italiano que nos ha trazado Burkhardt.

Los hechos exteriores de su biografía se concretan en unos cuantos cargos y en cierto número de fechas. Nacido en 1882, estudió, según la tradición familiar, en Groton School, en 1904 lo hallamos en Columbia University, procedente de Haward, para estudiar derecho: un año después se casa con su lejana pariente Eleanor Roosevelt, la sobrina preferida del gran Teodoro, con lo que une las dos ramas de la familia, la que dió a los Estados Unidos aquel ilustre presidente republicano que Buenos Aires conoció en 1913, la que le dará años más tarde este presidente demócrata a quien hoy recordamos. En 1907 es abogado, ejerce por tres años la profesión y en seguida lo atrae la política, porque quiere "servir". El trozo de tierra a lo largo del Hudson que conserva el simbólico nombre de "Distrito Holandés" — Dutchess country — lo elige senador por el distrito a la legislatura del Estado de Nueva York. Es la primera vez en casi treinta años que un hombre que no pertenece al partido republicano ocupa ese cargo. Comienza a romper consignas, a alterar hábitos, a trastornar prejuicios. En la Legislatura de Albany, combate el sistema y los procedimientos de sus correligionarios de Tammany Hall; ello y su labor en los consejos directivos del partido demócrata lo llevan a la convención nacional de la agrupación que debe reunirse en Baltimore. En la delegación de Nueva York es allí, naturalmente "leader" de la fracción que apoya a Wilson. Asoma el hombre de ideales generosos y de nobles impulsos renovadores. Pero como no quiere ser un negativo, rechaza la calificación de "demócrata anti-Tammany". Ya aparece el constructor, para quien nada significan en la hora de las afirmaciones definidoras los que están en frente, porque la obra realizadora que está por delante es lo esencial. Wilson triunfa en Baltimore con su aire de profesor distante y sus arrestos de reformador apostólico. Wilson triunfa en el país sobre William

Taft y Teodoro Roosevelt entregando así la presidencia al partido sobre el cual parece pesar como un estigma — siendo el auténticamente democrático — el recuerdo de su vinculación con la causa inhumana y divisionista de los estados del sur en la guerra de secesión. Desde 1861 sólo ha gobernado, en efecto, durante los dos períodos discontinuos — ocho años en más de medio siglo — de Crover Cleveland.

Franklin Roosevelt, que ha sido poco antes reelegido senador estadual en Nueva York, es llamado al Gobierno de Washington, como subsecretario de Marina. Renuncia a la banca y va a colaborar con su amigo Joseph Daniels, titular del departamento, en un plan de reconstrucción de la armada norteamericana que en su hora rendirá frutos inapreciables. Estamos en 1913 y Roosevelt tiene treinta y un años. Su espíritu es hermano del espíritu de Wilson. Sus carreras ofrecen un extraño, un impresionante paralelismo. La primera guerra mundial estalla en esta administración demócrata que debe transcurrir entre 1913 y 1917. En noviembre de 1916 vuelve a votar el pueblo de la Unión para renovar sus autoridades nacionales. Vence otra vez el candidato demócrata con este lema: "Wilson nos librá de la guerra". Pero apenas se ha iniciado el nuevo período, cuando la campaña submarina alemana sin restricciones arrastra a los Estados Unidos a la lucha, para salvar, por primera vez en este siglo, los grandes principios que han hecho el progreso americano contra las obscuras fuerzas del mal. En julio de 1918 el subsecretario Roosevelt va al viejo mundo como inspector de las fuerzas navales de la Unión destacadas en Europa, y, victoriosa la causa de la libertad, vuelve al antiguo continente para dirigir la desmovilización de la flota. En el intervalo ha declinado el ofrecimiento de la candidatura a gobernador del Estado de Nueva York. Su candidatura a vicepresidente de la república, con James M. Cox al frente de la fórmula, en 1920, cerrará por dolorosa decisión posterior de un destino inhumano esta primera fase de la carrera política de Roosevelt. Derrotado el binomio demócrata habíase abierto para su segundo término una era de transitorio reposo, cuando pocos meses más tarde sufría el ataque de parálisis infantil que poniendo a prueba su entereza y movilizándolo para la lucha contra el mal físico todas las potencias anímicas de Roosevelt, será como un símbolo de su capacidad de acción y resistencia en las grandes luchas de los días decisivos de

su vida pública. Combatió y venció, se sobrepuso al destino que quería reducirlo a la inmovilidad y dió más tarde al mundo el más estupendo ejemplo de dinamismo orientado hacia la afirmación de nobles ideales, este presunto "paralítico" de quien intentará mofarse el verbo enloquecido del bárbaro "führer" teutón. Así volvemos a hallarlo en plena labor profesional y en intensa actividad cívica hacia 1924, ya arrastrando las libras de hierro de que, refiriéndose a su armadura ortopédica, hablará él mismo una de las pocas veces en que aludirá a su desmedro físico. Apoyó a Smith para la candidatura presidencial y volvió a sostenerlo en la convención partidaria cuatro años después, pero aun no se resolvía a aceptar él mismo la responsabilidad de defender en una lista los ideales del partido. Tuvo que decidirlo en 1928 el propio Smith haciéndole notar que Roosevelt candidato a gobernador de Nueva York podía favorecer el triunfo de la fórmula presidencial en el estado. Fué verdad sólo en parte: Roosevelt triunfó pero Alfred Smith resultó de nuevo vencido. Por dos períodos bienales tocóle gobernar el estado natal, hasta los días en que otra vez el pueblo de la Unión iba a ser llamado a elegir presidente. Los trabajos de la convención de Chicago, reunida a fines de junio de 1932, fueron difíciles. Los candidatos eran numerosos, los rodeaba sólido prestigio partidario y no era fácil lograr los dos tercios de rigor. Tras laboriosas votaciones los obtuvo Roosevelt, cuando William McAdoo, el yerno de Wilson, anunció que California desistía de la candidatura Garner y entregaba a Franklin sus cuarenta y cuatro votos, gesto en que había de seguir a dicho estado el de Texas. El flamante candidato seguía la marcha de la asamblea desde la casa de gobierno del estado de Nueva York, en Albany. Apenas recibió el anuncio particular de su designación cumplió uno de esos gestos, luego tan familiares en él, con que se complacerá en violar precedentes y transitar por caminos aun no hollados. Resolvió ahorrar a la convención la formulista notificación oficial y a las 8 de la mañana tomó un avión con su mujer, dos de sus hijos, un secretario y dos hombres de las fuerzas estatales, para presentarse en Chicago a las 4 de la tarde y comunicar a la asamblea que aceptaba ser el abanderado de su partido en la lucha inminente. De allí surgió una campaña electoral destinada a abrir una claridad de esperanza en el cielo entenebrecido de aquellos días finales de la presidencia Hoover. El rígido principio capitalista — con su fría no-

ción de la vida como una lucha enconada en la que los más débiles no tienen más remedio que sucumbir sin protección — había dado todo lo que era capaz de dar: el auge económico y la crisis subsiguiente en el rítmico movimiento pendular que los teóricos admiraban como una "armonía". Pero cada crisis era más honda y más recia que la anterior y la de 1929 estaba muy lejos de las especulaciones de Bastiat para tener la limitada oscilación de las de otros días. Los Estados Unidos veíanse así envueltos en las repercusiones de un derrumbe que sucediendo a una ola de irreflexivo optimismo hacía más terrible la desilusión, más grave el desconcierto, más despojada de toda esperanza la nueva existencia. Triunfante, Roosevelt inició el 4 de marzo de 1933 su gobierno. "El pueblo pide acción y acción inmediata", dijo ese día al Congreso. El le dió la sensación de que la tendría, resuelta, vigorosa, confiada en medio de la general desconfianza. Admitió la posibilidad de equivocarse, pero se dispuso a reaccionar contra una noción del hombre y de la vida "que basa la felicidad en la posesión del dinero", en lugar de buscarla "en la alegría de realizar, en el entusiasmo de la labor creadora y el estímulo moral del trabajo". Condenó "la loca carrera de provechos fugaces" que había llevado al desastre, a la desocupación y a la miseria y advirtió: "Estos días sombríos valdrán todo lo que nos cuestan si nos enseñan nuestro verdadero destino".

La importancia esencial del "new deal" está, de este modo, unida, más que a su eficacia práctica, al nuevo espíritu que él creó. No es pequeña cosa y suele exceder las posibilidades de un estadista corriente, eso de restituir a la comunidad las razones de esperar cuando la desesperación se ofrece como única perspectiva de un cuadro social del horror en la miseria generalizada. "Este mundo —había dicho Roosevelt a su pueblo— reclama voluntarios en sus crisis, hombres de fe en la vida, de paciencia para servir. . ." Y él sirvió con tanta eficacia que pudo ver pronto con pena el retorno de los que antes, responsables de la crisis, habían abdicado todo poder en sus manos para que los salvara. "Nos hemos granjeado el odio de la codicia atrincherada", decía al Congreso en enero de 1936. Las fuerzas que habían abandonado su función monitora en plena catástrofe pretendían volver. "Buscan —decía el gran presidente— la restauración de su poder egoísta. Ofrecen llevarnos de regreso alrededor de la misma vieja esquina, hacia la misma vieja calle triste".

Ya por entonces atrae la mirada de Roosevelt el espectáculo de opresión que ofrecen algunos de los grandes países de Europa. En el recordado mensaje de 1936 se muestra pesimista sobre las derivaciones de la política internacional. Por curiosa coincidencia, 1933 ha marcado, al mismo tiempo, el ascenso al poder de Hitler y de Roosevelt. Este presiente ya la necesidad de hacer la unidad de América que "será decisiva si el peligro se concreta". Y ya inicia esa paciente faena de formación de la conciencia internacional de su pueblo que ha de rendir los grandes frutos que se traducen en la victoria actual. "Tanto en la guerra como en la paz — había dicho — nuestra política exterior sólo puede ser aquella que el pueblo quiere que sea". Pero como el gobierno es, según dirá en otra parte el mismo Roosevelt, una forma de docencia, el gobernante no puede ser un simple eco o un resonador mecánico. De ahí su acción directriz, su auténtica función de guía y conductor de su nación para que cumpliera adecuadamente la alta misión que por segunda vez, pero en una hora, sin duda, más decisiva y trágica que la primera, le deparaba la historia en un cuarto de siglo.

Otros os dirán en seguida cómo cumplió su destino este gran ciudadano que fué un apasionado de la paz y de la democracia, cómo se enfrentó con los angustiosos problemas que la política interior y el desquicio del mundo plantearon a su administración. En todo instante a la altura de su misión, agitó la dosis de idealismo que vive en el espíritu norteamericano, movilizó sus posibilidades de fe encendiéndolas en su propio optimismo y apeló a procedimientos que rompiendo los moldes envejecidos fortalecieron la sensación de confianza que este impetuoso removedor de sentimientos colectivos infundía.

Porque tuvo fe él mismo supo inspirarla a los demás y así pasó por el mundo, idealista y realizador, con su sonrisa y su bonhomía invariables, hombre de partido y hombre de gobierno al que guiaba un hondo anhelo de "servir", hombre privado que fué esencialmente un hombre de hogar, circunstancia que cabe destacar en la hora en que vamos viendo el tipo de vida privada que llevan los gobernantes de los regímenes de fuerza.

Luchó por una democracia libre de toda escoria, por una humanidad a la que no oprimieran las variadas formas del temor. Por eso combatió a Tammany Hall y a sus creaturas desde el partido o

desde el gobierno de Nueva York. Por eso atacó a las fuerzas obscuras de la finanza y quiso moralizar el mundo moderno sobre la base de la justicia y la libertad.

Un sentimiento poderoso, capaz de transportar las montañas, es la clave de esta acción trascendente: la fe en el hombre. Roosevelt tuvo, en efecto, fe en el hombre, en el destino del hombre, en la capacidad del hombre para realizar grandes cosas. La confianza avasalladora de un Erasmo en la aurora luminosa de la Edad Moderna. Ello lo inserta como un eslabón poderoso en la gran línea que, con detenciones y retrocesos e involuciones transitorias, marca el firme avance de la civilización occidental. Pero el hombre de Roosevelt no es el de otros que razonaron en torno de él o agitaron la vida colectiva en procura de su triunfo. No es el hombre económico, ni el hombre político, ni el hombre arrebatado por el éxtasis de la vida contemplativa o encerrado en la torre de marfil de las puras especulaciones del intelecto. El hombre de Roosevelt es el hombre real, hecho de necesidades materiales y de aspiraciones nobilísimas, con caídas posibles por su misma condición humana, pero en el cual la línea media que transcurre entre los ascensos y los descensos de su bregar afanoso, como se lo explicó una vez su viejo maestro el Dr. Peabody, "tiende siempre hacia lo alto". Por eso cuando Roosevelt dice: "Ha despertado el espíritu del hombre y encuéntrase ya en marcha", hay que leerlo y meditarlo con el fervor que él ha puesto en esa noble expresión. La libertad tiene, en función de este concepto, un sentido integral que va más allá de la pura noción política que la burguesía hizo triunfar en 1789. Por eso para él la democracia es inseparable de la justicia social, debe estar al servicio de la elevación total del hombre, de una mejor distribución de la riqueza, pues no respeta al hombre quien admite la posibilidad de explotarle o la perspectiva de condenar a una parte cualquiera de la humanidad, por pequeña que sea, a una eterna miseria, a un permanente oprobio.

A la luz de estos principios gobernó el gran demócrata. Tres veces lo reeligió su pueblo, desatendiendo —en obsequio al conductor y a las circunstancias— una tradición más que centenaria y que abonaban el recuerdo y el consejo de Washington. Y la gravitación excepcional de su obra y de su ejemplo tanto como la trascendencia futura de una y otro, supo destacarlos con sóbria elocuencia su sucesor, el presidente Truman, al decir en la proclama del 12 de abril de 1945:

“Sus compatriotas echarán de menos con tristeza en los tiempos venideros su fortaleza, su fe y su valor. Los pueblos del mundo que aman los caminos de la libertad y de la esperanza experimentarán honda pena ante su desaparición. Pero si bien su voz ha callado, su valor no estará ausente. Su fe no se ha extinguido. El coraje del grande hombre le sobrevivirá para transformarse en el coraje de su pueblo y de los pueblos del mundo. Su ejemplo mantendrá enhiestos sus propósitos y sus esperanzas con miras al futuro.”

# La Política Económica y Social de Roosevelt

Por RICARDO M. ORTIZ

Bien está que el Colegio Libre destine un sector de sus actividades al estudio ordenado y sistemático de los vínculos históricos, de las relaciones económicas y en general, de las manifestaciones sociales de los pueblos americanos. Y mejor aún que se proponga realizar todo ello, bajo el patrocinio y en homenaje al nombre ilustre de Franklin D. Roosevelt. Su figura constituye, en efecto, una imponente montaña en la topografía espiritual del mundo americano.

Esta actividad integra adecuadamente la fisonomía intelectual del Colegio y ella implica aceptar la necesidad de reconstituir, sobre la base de un cabal conocimiento mutuo, los vínculos de toda índole que permitían a las naciones de América, constituir un real y efectivo continente.

Es verdad que las diversas Cátedras por cuyo intermedio el Colegio concreta su afán de penetrar la realidad social argentina, incluyen en sus cursos cuanto problema histórico, económico o literario contribuye a situar al país en su función de unidad continental. La Cátedra a cuya inauguración asistimos tiene un propósito de síntesis que redime a aquellas preocupaciones de todo posible devaneo y presta a sus actividades un sentido preciso; es decir, les fija una orien-

tación política que pretenderá traducir las preocupaciones y analizar las realizaciones del americano ilustre cuyo nombre ostenta. Apenas si es posible en efecto, establecer una línea demarcatoria dentro del complejo de las concepciones de Roosevelt, entre las que se refieren a la política económica y social, a la cual debe atribuírsele una proyección preferentemente nacional y las que afectan a la política internacional que, éstas sí, interesan al conjunto de los países americanos. La abrumadora gravitación que su rico y laborioso país ejerce sobre el resto del Continente, agregada o quizá sintetizada en las cifras fabulosas que traducen el volumen de su comercio exterior, hace que ninguna variación de sus actividades económicas, financieras y políticas, sea extraña a la estabilidad y ordenamiento social de las demás naciones americanas.

Es sin duda correcto hablar de reconstitución de la unidad americana. Durante los siglos XVI a XIX, es decir, mientras se realizó el proceso de la conquista, tanto las necesidades políticas y militares de esta última, como las que es preciso imputar a la evacuación de los productos coloniales, tuvo lugar un paralelo proceso de vinculación entre las diversas unidades continentales que deja en herencia —por lo que atañe a nuestro país— una corriente continuada a lo largo de las rutas de postas que caracterizan o que constituyen esencialmente su sistema de comunicaciones y que tendían a vincular el río de la Plata con el conjunto de las regiones limítrofes del antiguo Virreinato. La primera mitad del siglo XIX, aun cuando atribuye al intercambio entre las naciones americanas un sentido bien diferente del que constituyó el móvil de la conquista, las sorprende aun discretamente vinculadas. No es ya el río de la Plata el punto de salida del oro americano hacia el viejo continente, pero lo es aún el de la carne hacia el resto del nuevo.

Pocos años bastan para que la reestructuración, que la revolución industrial impuso al mundo y que confió a las naciones americanas funciones diversas, dependientes de metrópolis diversas, transforme al continente en un archipiélago. El río de la Plata distará menos de Londres que de Lima y el Caribe podrá denominarse el mediterráneo norteamericano.

En virtud de esta característica, nuestro país ha podido ignorar, en cuanto su conocimiento podía depender de un intercambio denso, el proceso laborioso que ocurre en Estados Unidos entre la guerra

de secesión y la formación de las grandes concentraciones industriales y financieras, las cuales ya en la década de los noventa, rebasan los límites nacionales y golpean a la entrada de todos los mercados de América, amenazando inundarlos con diversidad de productos, pero con semejanza de métodos.

Toda la América del Sud tenía su vida económica moldeada sobre la base de un intercambio que la ataba a alguna metrópoli europea. La aceptación de los productos americanos debió provocar pues, el uso de los más variados recursos de la lucha económica. En ella, el trust podía contar con toda la gravitación del poder político del Estado, tal como era norma hacerlo dentro de sus propias fronteras.

Hacia 1928, cierto diplomático pudo compendiar medio siglo de aplicación de estos principios, de la siguiente manera: "Como las funciones diplomáticas son en nuestros días principalmente económicas, esto da al Departamento de Comercio el control de la sustancia de la diplomacia, legando al Departamento de Estado únicamente la representación Social". En el mismo año Mr. Castle, Sub-Secretario de Estado, afirmó ante una convención de exportadores lo siguiente: "Mr. Hoover es vuestro agente avanzado y Mr. Kellog vuestro apoderado". Poco antes, Wilson había temido y tratado de neutralizar los resultados de una colaboración abierta entre el Gobierno y los trust.

Fué posible así gestar una antojadiza guerra con España; eliminar la influencia europea en la construcción del canal de Panamá cuyo uso permitía anexar a su esfera de influencia a toda la costa oeste de Sud América; perseguir a Sandino por entre las montañas de Nicaragua y aconsejar al Gobierno, por intermedio del Wall Street Journal y a propósito de la revolución mejicana, influir a fin de obtener en ese país "un régimen más dócil al capital americano". Entre nosotros, pudimos presenciar la entrada a codazos a la conquista de nuestro mercado productor de carnes; vimos aplicar de manera intermitente la leyenda de la aftosa y culminarla con un descenso inconcebible del precio del kilo vivo, como consecuencia de la creación de la célebre "conferencia". El acaparamiento de múltiples servicios públicos —electricidad, teléfonos, etc.—, apenas si reconoce excepción, como norma de penetración imperialista, en el caso de los ferrocarriles, mediante una oportuna maniobra defensiva realizada por los tenedores de sus títulos.

Los métodos y recursos del financiero de esta estirpe, quedan risueñamente fijados en aquella amarga novela de Paul Adam que se titula "Le Trust" y de cuyos personajes trazó una hiriente caricatura Abel Hernant en "Les Transatlántiques", para no aludir sino a su consideración literaria.

Es que los procedimientos del imperialismo, con ser adaptables a las condiciones de lugar y de tiempo, no ofrecen una variedad muy extensa. Desde luego es un concepto relativamente fácil de definir. Consiste en la adquisición y en el gobierno de pueblos y territorios dependientes; sus manifestaciones, en los distintos grados de desarrollo, puede conducir a la colonia, al protectorado o a la simple zona de influencia, pero solamente reconocen un fundamento y éste es el factor económico.

Aún cuando la penetración imperialista supone en principio una deformación de la economía regional, es innegable que ella viene acompañada de inmediato de una cierta elevación en su nivel técnico y económico. En otras palabras, ella viene seguida de un período en el cual actúa como una fuerza revolucionaria, mejorando y ampliando las posibilidades de trabajo, creando mercancías. Es a partir de una cierta fase de su desarrollo cuando aquélla se transforma en una fuerza retardataria. Las múltiples variaciones que pueda ofrecer dentro de estos límites, dependen evidentemente del lugar en que actúa y de la forma en que se desempeña. Depende de la diversidad que ofrezca la producción local y de que el capital foráneo exalte y amplíe la capacidad de producción o deforme su economía, impulsándola hacia la especialización de un determinado producto. Depende en suma, de que estimule en la accidental dependencia económica, un régimen de libre concurrencia en base al cual pueda desarrollarse la más amplia iniciativa y espíritu de empresa o de que actúe bajo la forma trustificada, que sólo persigue la extracción de plus valía. Sin ser una condición generalmente esencial, es evidente que ambos métodos no dependen tanto del grado de concentración industrial y financiera del país de origen, cuanto del concepto que éste aplique en sus relaciones económicas: depende pues preferentemente de su estructura política; de que ésta actúe al servicio del capital exportado o de que simplemente regule sus actividades.

Si bien la lucha anti-trust, proviene en los Estados Unidos de las últimas décadas del siglo anterior, ha sido preciso, sin embargo, superar la crisis de 1929, para que un gobernante de la estirpe de

Roosevelt, atribuyera a ella un alto sentido social y extrajese de su capacidad de combate las más extraordinarias consecuencias.

La lucha anti-trust surgió con el espíritu y el fervor de una cruzada, señalándose como una tendencia a considerar los fenómenos económicos como problemas morales. Tuvo una traducción legal en la Ley Sherman contra los trust, pero su doctrina consistente y propia, debe buscarse en la obra de Henry George y acaso también en el libro de Edward Bellamy titulado "Mirando hacia atrás", cuya penetrante influencia sobre el pensamiento nacional es innegable. Ellas suscitaron un violento repudio hacia las prácticas de los grandes negocios y dieron contenido a un magnífico movimiento de opinión que condujo a la sanción de la Ley Sherman por una abrumadora mayoría.

La Ley de Comercio Interestatal y la Ley anti-trust de Sherman que parecía compendiar en la tierra, el dinero y el transporte los pilares de la concentración financiera, fueron pronto insuficientes para cumplir su cometido ante la evolución industrial del país. Es así como toca a Teodoro Roosevelt reiniciar durante su presidencia la lucha contra los trust como síntesis y mandato de un movimiento popular de vasta amplitud y que se propaga con suerte variada hasta los albores de la guerra mundial, durante cuyo transcurso es la administración de Wilson quien replicará con la ley Clayton y la ley de la Comisión Federal de Comercio a la presión popular que exigía nuevamente la lucha anti-trust, el dictado de medidas contra las combinaciones industriales, la pesquisa de las actividades de bancos y empresarios de servicios públicos.

La guerra mundial pone luego un paréntesis: el comercio exterior de los Estados Unidos que en 1860 apenas superaba los 500 millones de dólares, se ha elevado poco después de 1920 a 8000. El país, surgiendo de la depresión de la posguerra, entró a partir de ese año en un período de prosperidad ininterrumpida. Una corriente de beneficios facilitó a los inversionistas habituales el dinero necesario para nuevas empresas; la financiación de los gastos de guerra, aumentaron el número de consumidores de mercancías de Wall Street. Los mercados de capital presenciaron un alza deslumbrante. No es ajena a todo ello la magnífica trayectoria de su capacidad técnica: la revolución que produce en ella la expansión del uso del motor y que alcanza en esa época a límites inconcebibles; la construcción de grandes carreteras: la introducción del transporte aéreo, la que la química y

los sucedáneos difunden generosamente y sobre todo la intensificación de la electricidad, llevaron el auge de los negocios y el proceso de concentración, durante la dinastía republicana a límites impresionantes. La competencia doméstica era abatida por medio de fusiones y asociaciones comerciales: la consecuencia fué, pues, que los extranjeros no podían ser autorizados para competir en el mercado norteamericano sin restricciones y sin socavar los métodos nacionales. Las dos leyes Fordney —Mc Cumber de 1922 y la Hawley— Smoot de 1930, que fijan un sistema de tarifas bastante altas como para que resultara imposible a lo más ágiles productos extranjeros escalarlas, sancionan pues el absoluto aislamiento del país. Este no impone iguales restricciones al movimiento inverso de la mercancía y esto hace que en el lenguaje de las relaciones económicas internacionales, se designe al método americano como exportador de desocupación. En el lenguaje interno, la biblia de Hoover se sintetiza en los siguientes principios que aseguran el gobierno de los trusts, el gobierno de Wall Street: a) Ningún trato con los extranjeros; b) Protección absoluta de los derechos norteamericanos; c) Cobrar hasta el último dólar; d) Prohibir la importación; e) Prohibir los préstamos al extranjero.

El resultado de la aplicación de tales principios —y no es el momento de entrar al análisis de sus causas determinantes— fué la más tremenda y dramática crisis de que haya mención. El cierre simultáneo de centenares de bancos, la restricción absoluta en el uso del crédito, la consecuente paralización industrial, agravada por un conjunto de causas naturales, —como la bíblica sequía de 1933—, condujeron a la desocupación de acaso quince millones de trabajadores. Son todos ellos acontecimientos demasiado recientes y cuya divulgación por medios eficaces para apreciar sus efectos, eximen de mencionarlos en el brevísimo espacio de que disponemos.

Pero llegamos a 1933. “Como un extraño río del Oeste después de una larga marcha subterránea, la corriente de reformas volvió a surgir de nuevo a la luz del sol —dice Kirkland en su magnífica Historia Económica de los Estados Unidos—. Tal vez por haber estado tanto tiempo aprisionadas, aquellas aguas dieron una embestida al mismo tiempo temeraria y errática. El hecho que un segundo Roosevelt, remotamente llegado a la “amenaza” de los trusts de una era anterior, condujera su barca a favor de la corriente, fué una de

esas increíbles coincidencias que ocasionalmente marcan el curso de la historia".

El segundo Roosevelt, propuso un New Deal, un nuevo trato, una nueva distribución. Partiendo de la base de que la riqueza de los Estados Unidos iba concentrándose en pocas manos y, en consecuencia, había muchas personas que carecían de todo poder adquisitivo, se propuso arreglar de manera más equitativa el orden existente. Nuestra tarea, afirma, consiste esencialmente en administrar los recursos e instalaciones existentes; en buscar el restablecimiento de los mercados extranjeros para el excedente de nuestra producción; en hacer frente al subconsumo; ajustar la producción al consumo y distribuir la riqueza y los productos de una manera más equitativa y en adaptar la organización económica existente para ponerla al servicio del pueblo. Vamos a pensar menos, concluye, en el productor y más en el consumidor.

Para ejecutar sus propósitos, Roosevelt, no pretendió destruir el capitalismo. Su concepto de la propiedad privada fué inalterable y no se diferenciaba en lo más mínimo del que pudieron tener Coolidge y Hoover; se propuso puramente, planificar, desarrollando el orden económico constitucional: planificar la industria para evitar el innecesario aumento de las fábricas, la inutilidad prematura de la maquinaria; planificar la agricultura a fin de evitar el desgaste inconveniente de la tierra; planificar los transportes y los bancos.

Su concepción se aplica pues a poner orden en el sistema capitalista, a salir al encuentro de su falla fundamental: la producción sin más control que el que a la distancia puede oponerle una centralización que agudiza su defecto originario, exasperando primero la competencia y anulándola por fin.

La planificación, según los principios de Roosevelt, habría de ser una suerte de ordenamiento de la producción social hasta darle el ajuste y la precisión que caracteriza al funcionamiento de una fábrica, hasta transformarla en realidad en una potente y armoniosa fábrica.

Pero la concepción planificadora necesitaba un complemento indispensable y éste consistía en determinar qué instrumentos tendrían que asumir esa tarea y en favor de quién habría de realizarse la planificación. Roosevelt se apresuró a contestarlo; Washington, no Wall Street habrá de ser el planificador y su beneficiario, será el "hombre olvidado", ese "tercio de la población mal alojado, mal alimentado y mal vestido". Así todo hombre tendrá "derecho a go-

zar de una vida confortable” y a que “la remuneración del día de trabajo, sea en término medio mayor de lo que ha sido hasta ahora” y la “remuneración del capital, especialmente el especulativo, tendrá que ser menor”.

Estos dos principios constituyen pues toda la concepción de su política económica y social: traduce a la primera el propósito de ordenamiento del aparato técnico y económico y a la segunda el que se esfuerza por una más equitativa distribución de los bienes sociales.

Si su concepción es alucinante, no lo es menos el entramado que ha de facilitar su realización. En realidad, las reformas sociales de Roosevelt denuncian, por sobre todo, la existencia de un artífice de escuela depurada. Esta cualidad esencial de su carácter, aparece de manera evidente en ciertos acontecimientos decisivos del período constructivo y aun de muchos de los actos culminantes de la guerra. ¡Qué calidad más distinta impulsa a la guerra relámpago, especie de arrebato epiléptico desprovisto de toda la grandeza que supone siempre la persistencia razonada en la acción, de aquella armoniosa obra de arte que implica concebir, planear y ejecutar la invasión del continente africano con una armada necesaria al transporte de un cuarto de millón de soldados! Este vuelo en la concepción y ese atrevimiento en la ejecución, son sin duda características suyas y que él explica de esta manera, refiriéndose al New Deal, en su libro “Mirando al Porvenir”: “El país necesita y si no me equivoco al apreciar los síntomas, exige una experimentación atrevida y persistente. Es de sentido común adoptar un método y probarlo y si fracasa, reconocer con franqueza este fracaso y ensayar otro. Pero sobre todo probar algo. Los millones de personas necesitadas no van a estar continuamente silenciosas y cruzadas de brazos mientras las cosas que pueden satisfacer sus necesidades están al alcance de la mano”. Este anhelo de hacer, lo aproxima bastante a nuestro máximo constructor —Sarmiento— de quien parece imitar la frase cálida que lo traduce. Por cierto y para nuestra desventura, ese anhelo lo diferencia sensiblemente de la generalidad de nuestros actuales conductores, cuyo éxito parece depender de manera muy especial, del fracaso de sus oponentes y en consecuencia, cuya capacidad operativa se aplica con preferencia a esperar su turno, por eliminación de los demás.

Si hubiéramos de enumerar, sin duda desordenadamente —un análisis minucioso de todo ello constituirá seguramente la actividad posterior de esta Cátedra— el conjunto de reformas económicas y finan-

cieras que integra el New Deal, deberíamos expresar que su máxima preocupación era combatir la desocupación. Cuando Roosevelt pronunció su discurso inaugural, los trabajadores hábiles desocupados se aproximaban a los quince millones; cuatro años más tarde —en 1936— se habían reducido a doce. Esta es la medida más urgente de su plataforma de 1932. Entonces expresaba que “es un deber dictado por todo género de consideraciones inteligentes de política nacional, pedirnos que hagáis posible que Estados Unidos dé ocupación a cada uno de esos tres y medio millones de personas que hoy viven del alivio oficial”. Toda la acción del New Deal está impregnada de este anhelo.

A fin de crear trabajo útil, el Gobierno comenzó por implantar el uso planificado de la tierra, concepto que tenía ramificaciones innumerables: el control de los cultivos, condujo al control de la erosión, éste al de inundaciones, el de inundaciones, a través de reservorios y reforestaciones, volvía, a los métodos agrícolas.

La Administración del Trabajo Civil, era el instrumento apto para dirigir el trabajo ordenado por el Gobierno y éste se especializaba en la desaparición de arrabales, construcciones rurales de diversas clases y en general todos aquellos trabajos que no interesaba emprender al capital privado.

La Ley de Seguridad Social, establecía un sistema de pensiones a la vejez, seguro contra la desocupación y la enfermedad.

“Que el pueblo vuelva a trabajar” fué también la principal justificación que sirvió de base para la aprobación de la N.I.R.A. “La idea — anunció el Presidente al fundarla, — es que los patronos ocupen más hombres que hagan el trabajo existente, reduciendo la jornada semanal de cada uno de los ocupados”. “Ningún negocio, aclaró en otro lugar, cuya existencia dependa de pagar a sus trabajadores salarios inferiores a los de subsistencia, tiene derecho a perdurar en este país”. En este código se prohibía la ocupación de los menores y se establecía la regulación de las condiciones de trabajo en una escala nacional. Consignaba entre otras, el derecho a la organización y el contrato colectivo. No es acaso la medida de menor trascendencia entre las que propugna este Código, la que propende a la estabilidad de los precios de los productos industriales y la que constituye una efectiva ley anti-trust. Entre las disposiciones de esta última, ocurre señalar la que se propone reglamentar y aún reducir la actividad de los concesionarios de servicios públicos.

Si aquí aludimos al control monetario y a lo que se ha dado en designar como el conjunto de medidas que definen su "socialismo gubernamental", nos acercaremos al final de esta breve enunciación. Entre las obras que integran esta última fase de su programa, corresponde señalar su plan de construcción de viviendas, que realizó financiado por el capital privado y que se proponía facilitar albergue sano al tercio de la población de los Estados Unidos y su magno programa de electrificación del país mediante el aprovechamiento de su energía hidráulica.

Para obtener esto último, construyó cuatro plantas en el San Lorenzo, el Tennessee, el Colorado y el Columbia, lo cual, decía, será para siempre un punto de apoyo nacional que impida la extorsión contra el público y que aliente el más amplio uso de ese servidor del pueblo que es la energía eléctrica.

Entre aquellas plantas, la más significativa es sin duda la construída en el valle del Tennessee, donde aparte de la universidad de sus fines —pues sirve para producir electricidad, riego, defensa de crecidas y ayuda a la navegación— las políticas agraria, eléctrica y de conservación, se coordinan en una especie de símbolo magnífico de lo que podría ser en mayor escala la nación misma.

Es explicable que la realización de este vasto programa, ejecutado con un fin social de indudable altura, no sólo obtuvo, en una proporción que no es nuestro objeto determinar, los fines que se propuso, sino que su repercusión entre las naciones americanas fué decididamente resonante. Acaso por no contar con el apoyo de su Gobierno, no se especializaba ya la industria norteamericana en exportar la desocupación. El proceso de industrialización de los países americanos que había sido advertido por Roosevelt, fué estimulado mediante la exportación de aquellos elementos capaces de crear mercancías en los países destinatarios, evitando sustituirse a las manufacturas regionales. En tal sentido, corresponde afirmar que las importaciones norteamericanas en latino-américa, constituían un factor de progreso.

No es difícil establecer la filiación histórica de Roosevelt. Jefferson y Jackson le inspiraron las finalidades; los populistas, antiguo modelo de descontento agrícola, contribuyeron con su programa monetario; la era progresiva del primer Roosevelt, le facilitó la estructura administrativa y hasta la de Hoover favoreció a su sucesor con alguno de sus objetivos. Es claro que la influencia for-

mativa de mayor importancia debe hallarse en Wilson, con su simpatía hacia los trabajadores, los agricultores y los pequeños comerciantes. El pasado norteamericano no fué, sin embargo, su única fuente de inspiración. Durante la gestación de su plan, fué acusado de trabajar al servicio de Moscú y de bolcheviquizar a los Estados Unidos. En realidad, como lo observa Kirkland, parte de sus medidas legislativas, provienen sin duda de Gran Bretaña, de Escandinavia, de Rusia y aún de Alemania.

Lo exacto es que Roosevelt no es un revolucionario en el sentido estricto de la palabra. El New Deal se traduce en efecto, por un cuerpo legal, propuesto por un Presidente Constitucional, aprobado por ambas Cámaras del Congreso, y que cuenta además con múltiples sanciones favorables de la Suprema Corte, quien ha hallado en sus disposiciones fiel traducción de cláusulas constitucionales. Roosevelt no ha modificado pues los moldes del régimen económico dentro del cual le tocó desenvolverse. Pero es correcto admitir que habiendo encontrado al sistema capitalista en plena bancarrota, supo infundir a la extraordinaria capacidad de producción de su país, un aliento que condujo a formas renovadas dentro de la propia envoltura que lo caracteriza. Pudo así exaltar hasta límites inconcebibles las posibilidades de un sistema en apariencia superado y obligarlo a rendir más allá de toda prudente sospecha.

No consiguió íntegramente su objeto, pero ello no es imputable ni a su infatigable capacidad de actuar, ni a la extensión de sus concepciones. Acaso ello no deba atribuirse sino a la insuficiencia de los moldes dentro de los cuales debió moverse.

Su aliento y su porfiada energía le permitieron unir a su pueblo por encima de todas las circunstanciales o profundas diferencias, en aras de una causa superior, cual es la lucha por la libertad y esto ya constituiría un extraordinario superávit. Porque el New Deal, habiendo provocado una ordenada armonización de la industria americana, permitió que ésta se adaptase oportunamente a la economía de guerra, hasta transformar a ese país, mediante la Ley de Préstamo y Arriendo, en el arsenal de la democracia, primero y en uno de los más eficaces cañones de la democracia, posteriormente.

Roosevelt es realmente un bello ejemplar humano. Sus alucinantes concepciones y su estupenda capacidad de realización, en los cuales palpita un empeñoso propósito de enaltecer los valores humanos, viene del fondo de la raza, de los más escondidos rinco-

nes de la historia, porque el tamaño del hombre es proporcionado a su capacidad de interpretación de los más hondos e intensos anhelos que palpitan en el alma de su pueblo.

Roosevelt ha contribuído con otros "picos", símbolos a su vez de magníficos grupos humanos a afianzar inalienables deberes y derechos del hombre, en momentos en que éstos últimos eran cuestionados y aquéllos llevados a límites incompatibles con su dignidad; ha contribuído a corregir métodos superados y a instaurar propósitos renovadores. Ha impulsado a progresar, porque progresar tanto consiste en adoptar cosas nuevas como abatir cosas viejas.

En un instante indeciso él contribuyó a fijar esta época en la nómina de las que han decidido una etapa de largo proceso que tienda hacia una consideración superior del esfuerzo humano y del hombre mismo: de una época que sintió una angustia y la tradujo en esa tendencia. La historia no es en realidad sino una crónica circunstanciada de la lucha entre los satisfechos y los descontentos. Conviene afirmar que si aun no vivimos trepados a los árboles y expresamos nuestros sentimientos y nuestras ideas con alguna armonía, no se debe ciertamente a los primeros.

# La política exterior de Roosevelt

Por JOSE MARIA CANTILO

Difícil es reducir a una breve exposición, como la que debo hacer, la acción desarrollada en el orden internacional por el presidente Franklin Roosevelt, porque, en ése como en todos los terrenos en que le tocó actuar en calidad de gobernante de una gran nación, su figura, su personalidad política y moral rebasa en mucho la medida común. La rebasa, no solamente por lo que hizo, sino, más que todo, por la manera como lo hizo, por la amplitud del pensamiento aplicado a la acción, por la fuerza espiritual que realizaba y ennoblecía todos sus designios y, porque, con ser tan genuina, tan profundamente americano, no lo guiaba ese patriotismo egoísta, ese nacionalismo estrecho que retrae, confina y divide. Para su gran espíritu no había fronteras. Desde la altura en que estaba colocado por su investidura y por sus excepcionales condiciones de inteligencia y de carácter, abarcó siempre, como desde una atalaya, un vasto horizonte y no separó nunca, en sus preocupaciones y anhelos, la grandeza y el porvenir americanos de los destinos de la humanidad entera. En contacto permanente con las sugerencias de su tradición nacional, encarnada en Wáshington, Jefferson, Lincoln, heredero directo, en el pensamiento y en los hechos, de los grandes presidentes de su país, supo ser al mismo tiempo un gran ciudadano de América y un gran servidor de la humanidad.

## PANORAMA MUNDIAL EN 1933

Su primera elección se realizó en 1933. Evoquemos, por un instante, esos días que siguieron a la terminación de la otra guerra, el período que se inició bajo el signo del Tratado de Versalles, tratado de paz en cuya entraña estaba ya escondido el espíritu de guerra, como el gusano está en la fruta. Se vivía en plena fruición de la victoria, pero sin querer mirar hacia adelante.. No faltó quien presintiera el peligro y lo denunciara. No pocos publicistas dieron el grito de alarma: Alemania sólo pensaba en preparar la revancha, en eludir los compromisos y clandestinamente se armaba. Pero los hombres dirigentes, aquellos sobre quienes pesaban las mayores responsabilidades, padecían la peor de las sorderas, la del que no quiere oír. Después de tantas y tan grandes calamidades, sufrimientos y sacrificios como impuso la guerra, fué aquella una época de reacción materialista, de cobardía ante la realidad, de temporizaciones, de semimedidas que permitieron el advenimiento y el desarrollo de los totalitarismos, primero el de Mussolini, después el de Hitler. Resurgía con esos regímenes el espíritu de agresión. Sin embargo, en los países vencedores llegó a mirárseles con simpatía, sobre todo en el elemento conservador y, ya fuera por temor, ya por desidia o por ambas cosas a la vez, se les dejó crecer y, lo que es peor, se les dejó armarse. Vinieron días en que la Alemania derrotada y la Italia descontenta ni siquiera disimularon sus miras belicosas. No sólo no las disimularon sino que las proclamaron a los cuatro vientos, lanzando, Hitler desde su cervecería y Mussolini desde su balcón de la plaza Venecia, tremebundas amenazas y anunciando el nacimiento, por obra de ellos, de una nueva Europa y de un "nuevo orden" en el mundo.

Entretanto, la Sociedad de las Naciones, injertada, como una gran esperanza, en el Tratado de Versalles, fracasaba lamentablemente en su misión conciliadora y de previsión, no por deficiencias del pacto, sino por falta de lealtad en el cumplimiento de sus cláusulas. Lo importante en Ginebra, en asuntos políticos, no era lo que se decía, era lo que se callaba, no era lo que se hacía sino lo que se lograba esquivar. Y Alemania e Italia, año tras año, siguieron armándose impunemente, mientras que Inglaterra y Francia y sus allegados se mantenían poco o mal armados. Por otra parte, cre-

cían las dificultades económicas, las trabas aduaneras, el malestar general, el desconcierto y también el miedo, un miedo pasivo frente a las estridencias y arrebatos de los dictadores.

### LA VISION DE ROOSEVELT

De los jefes de estado de esos días fué Roosevelt el único tal vez que tuvo la clara noción de la realidad. Con su extraordinaria facultad de intuición política, vió nítidamente el peligro, vió venir la guerra y una guerra cuyo carácter advirtió desde el primer momento, una guerra de conquista contra las fronteras materiales y espirituales de los pueblos libres. Visión profética que había de confirmar en su discurso de julio de 1940 al aceptar su nueva candidatura; cuando dijo: "... esta no es una guerra común. Es una revolución impuesta por la fuerza de las armas y que amenaza a todos los pueblos. Es una revolución que no tiene por objeto liberar a los hombres, sino reducirlos a la esclavitud en interés de una dictadura que ya ha revelado su naturaleza." Y añadía: "... nuestro credo inquebrantable es de que debemos vivir al amparo de las libertades originariamente proclamadas en la Carta Magna, puesta en gloriosa función por la declaración de la independencia, la Constitución de los Estados Unidos y los derechos de los ciudadanos... está en juego la subsistencia de la civilización contra el proceso de destrucción de todo lo que nos fué caro: la religión contra el ateísmo, el ideal de la justicia contra la práctica de la fuerza; la moral y la decencia contra los piquetes de fusileros, el valor de hablar y de proceder contra la falsa quietud de los apaciguamientos..."

Sus primeros esfuerzos en favor de la paz datan de su primera presidencia. En 1933, en efecto, se dirigió a todas las potencias proponiéndoles la firma de un pacto solemne y categórico de no agresión, pero esa iniciativa, alentada por muchos países, encontró resistencias que bastaron para que no alcanzara ningún resultado y, en 1936, producíase la ocupación militar de la Renania por las fuerzas del Reich.

Esta violación de los pactos cometida por la Alemania hitlerista fué para Roosevelt la certidumbre de que la guerra era inevitable. Al hablar al año siguiente en Chicago hizo de la situación internacional una pintura impresionante y reiteró sus exhortaciones.

Hechos como la conquista de Eetiopía por Mussolini, la intervención conjunta de los dictadores en la revolución de España ayudando descaradamente a una de las partes, el atentado del Japón contra China acrecieron su inquietud y se explica que, al tiempo que persistía en sus tentativas conciliadoras se preocupase de aumentar los armamentos y de mejorar la situación militar de su propio país. Pero siguió trabajando por la paz, por una acción solidaria internacional para proteger la comunidad contra la guerra, defender los principios de derecho y asegurar el cumplimiento de los compromisos contraídos. Su voz, desgraciadamente, se perdió en medio del desorden internacional.

### ESFUERZOS DE ROOSEVELT POR LA PAZ

En 1938 toma el presidente Roosevelt la iniciativa de reunir una conferencia internacional que se efectuó en Evian para concertar medios de protección y ayuda a los refugiados políticos de Alemania y ese mismo año se dirige a los gobiernos de Checoslovaquia, Alemania, Inglaterra y Francia incitándolos a un arreglo pacífico de los conflictos pendientes que constituían, cada día más, la amenaza de guerra. Es ese un documento memorable en el que afirma que la fuerza no produce nunca soluciones para el bien futuro de la humanidad. En abril del siguiente año, envía a Hitler y a Mussolini sendos mensajes haciendo un nuevo esfuerzo en favor de la paz. Propuso una tregua de diez años, durante los cuales no se recurriría a las armas. Pidió asimismo a los dictadores que se comprometieran a no invadir Finlandia, ni Holanda, ni Bélgica, ni Francia, ni Inglaterra, ni Rumania, ni Yugoslavia, ni Hungría, ni Egipto, lo que demuestra que preveía el carácter de la agresión inminente y su magnitud. A cambio de esas garantías ofrecía la intervención de los Estados Unidos para mejorar las condiciones del comercio internacional y resolver el problema del acceso a las materias primas. Todo lo cual cayó en el vacío o, a lo sumo, provocó la ironía de los dictadores ensoberbecidos.

En vista de ello, el presidente aceleró la preparación militar del país y pidió al Congreso la revocación de la ley de embargo de armas, a fin de disponer de más libertad de acción en caso de guerra. Le fué necesario tiempo para convencer al Congreso de que

dicho embargo respondía mal a su objetivo y que antes que afianzar la neutralidad estimulaba la agresión, y como tal constituía una ventaja para los propósitos agresivos de los totalitarios.

El malogro de sus iniciativas pacificadoras no descorazonó al presidente, sin embargo, y para cumplir hasta el fin con lo que él consideraba un imperativo de conciencia, en agosto de 1939 hizo un llamamiento a Hitler, al rey de Italia y al gobierno de Polonia. Pero todo fué inútil. La guerra se acercaba, inexorable.

### RASGOS DE AUTENTICO DEMOCRATA

No se limitó Roosevelt a esa serie de intentos e iniciativas en favor de la paz. Los Estados Unidos cooperaron hasta el fin en los trabajos de la conferencia del desarme general, y, cuando ésta falló, quiso concertar con Inglaterra y Francia un tratado relativo a la manufactura y tráfico internacional de las armas, pero sin llegar a ningún resultado. El presidente Roosevelt eludió toda participación en los asuntos políticos que se presentaban en la Sociedad de las Naciones, pero tuvo parte muy activa y eficaz en la obra humanitaria y social de Ginebra, contribuyendo al esfuerzo destinado a "controlar" el tráfico de los narcóticos, al mejoramiento de la salud internacional, a promover el bienestar de la niñez, a eliminar los dobles gravámenes y a beneficiar las condiciones del obrero.

Dice el mismo Roosevelt en uno de sus discursos, refiriéndose a la cuestión internacional: "Con nuestro secretario del departamento de Estado hemos pensado largamente en el problema de mantener en paz a Estados Unidos y trabajado duramente para resolverlo. Pero toda la sabiduría de América no se halla en la Casa Blanca o en el departamento de Estado; necesitamos la meditación, las rogativas y el apoyo efectivo del pueblo de Norte América". Admirable ejemplo de modestia y de democracia cuando hay por el mundo gobernantes que pretenden resolver los problemas de una plumada y con prescindencia absoluta de la opinión pública.

Roosevelt hizo pues todo lo humanamente posible para salvar la paz, que fué, según sus propias palabras, la piedra angular de su política. Sus discursos y mensajes en aquellas vísperas trágicas, están llenos de ese tenaz empeño y de apremiantes admoni-

ciones. Pero, con esa tendencia a la generalización propia de toda inteligencia superior, no se encerraba en el caso concreto del momento. "No puede haber paz, declaraba en 1938, si el reino de la ley es substituído por la santificación permanente de la fuerza; no puede haber paz si en la política nacional se adopta como instrumento deliberado la dispersión de millones de peregrinos perseguidos y desvalidos . . ."

No lo movía solamente el natural deseo humanitario de evitar el derramamiento de sangre y los horrores de la guerra que él había visto de cerca, sino también la noción realista de que una guerra en Europa constituía un peligro definido para la paz y la seguridad de los Estados Unidos. Cada día se ahondaba más su convencimiento de que el aislamiento era un error funesto para su país y exclamaba: "tenemos dos probabilidades en materia internacional: o cerrar los ojos, vender nuestra marina mercante y dedicarnos a soñar con el pasado o, con los ojos abiertos, reconocer la multiplicidad de la civilización moderna y nuestra trabazón con la vida de otros pueblos".

## LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL Y ROOSEVELT

Pero nada tiene que ver, bien entendido, su entrañable amor por la paz con el pacifismo apocado y temeroso que, en Europa, llevó, de claudicación en claudicación, a la guerra inevitable. Roosevelt hablaba de paz y bregaba por ella, pero no por temor ni por egoísmo. Era el suyo un pacifismo enérgico, previsor, activo, práctico, de inspiración generosa y de amplia visión. Hablaba de paz, como él mismo lo advirtió, "con la voz de la fuerza y de la amistad en favor de la humanidad entera". Su sentido de la solidaridad internacional no lo abandonó jamás. Sabía y sostenía que, en el mundo moderno, cuando la paz ha sido alterada en alguna parte, está la paz amenazada en todas las naciones, sea cual fuere su situación. Para ceñirnos al caso de su problema nacional, sabía y sostenía que el triunfo de Alemania sobre Inglaterra y Francia y su dominio absoluto de la Europa occidental significaría para Estados Unidos la pérdida de sus rutas marítimas vitales y una temible amenaza germano-japonesa para su porvenir. Roosevelt se encargó de realizar y realizó con extraordinaria habilidad y valen-

tía lo que no pudo lograr el presidente Wilson: actualizar esa verdad e inculcarla en la opinión pública americana, hasta entonces, en su gran mayoría, encastillada o adormecida en viejos prejuicios aislacionistas. Había en él algo más: su convencimiento de que, abstracción hecha de todo otro interés, había que ponerse del lado de la libertad para resistir al embate de las dictaduras. Tenía una fe profunda en la democracia y creía que no podía morir. Lo dijo en términos inolvidables: "... no puede morir porque descansa en la libre iniciativa individual de hombres y mujeres unidos en una empresa común que han emprendido y realizado mediante la expresión libre de una libre mayoría; porque de todas las formas de gobierno sólo la democracia es capaz de alistar la fuerza total de la voluntad ilustrada del hombre; porque sólo la democracia ha construído una civilización ilimitada de infinito progreso en el mejoramiento de la vida humana; porque, si miramos bajo la superficie, sentimos cómo va todavía propagándose en cada continente, por ser la más humana, la más avanzada y al fin la más invencible de todas las formas de la sociedad humana".

Con esta fe profundamente arraigada decía, dirigiéndose a sus conciudadanos: "debemos mirar hacia adelante y ver las perspectivas de nuestro propio futuro... Debemos mirar hacia el porvenir para ver qué clase de vida tendrán que sobrellevar nuestros hijos si una gran parte del resto del mundo fuera obligado a adorar como a un Dios a un gobernante militar: igualmente si al resto del mundo se le prohíbe leer y enterarse de las noticias y los hechos; si se les priva de la verdad que hace libres a los hombres...".

### ARSENAL DE LAS DEMOCRACIAS

Después de la caída de Francia —rudo golpe para Roosevelt que vivía intensamente la cultura occidental— y ante el peligro que se cernía sobre las islas británicas, el presidente concentró toda su actividad y empuje directivo en dos propósitos esenciales: armar cada vez más y mejor a su país por lo que pudiera suceder y evitar el cerco y el derrumbe de Inglaterra. Ya no hablaba de paz. Decía: "Nuestra política no sólo tiende a preservar la democracia para el resto del mundo. Se basa ante todo en el deseo de proteger a los Estados Unidos y al Hemisferio Occidental de los efectos de una victoria nazi sobre nosotros y nuestros hijos".

Se necesitarían muchas páginas y muchos números para reflejar, aunque pálidamente, el resultado sorprendente a que se llegó en materia de armamentos y lo que alcanzó a ser el llamado "arsenal de las democracias". Pero lo que hay que señalar es que ese milagro de producción y de organización que requirió y obtuvo siempre el asentimiento y la cooperación del Congreso y de la opinión pública no se habría realizado, ni tan pronto ni tan intensamente, en un ambiente de tan fervorosa adhesión, a no mediar la alta autoridad del presidente Roosevelt, el poder de su fe comunicativa, el contenido moral indiscutido de su política y su ascendiente personal sobre el pueblo de la gran República.

Guiado como estaba el presidente Roosevelt por el sentido de la justicia y de la solidaridad entre los hombres y entre las naciones (él dijo: "la civilización, después de todo, no es nacional, es internacional; las ideas no son limitadas por fronteras territoriales; son la herencia común de los pueblos libres") y con esa extensión de horizonte que alcanzaba su pensamiento político, era natural que bajo su gobierno y por su gravitación personal el panamericanismo se trasformara, se trasfigurara. Y así fué en efecto.

Relatar minuciosamente esa evolución exigiría más tiempo del que dispongo, pero debo evocarla a grandes rasgos.

## EL PANAMERICANISMO

El panamericanismo nació con nuestras repúblicas y fué en sus horas iniciales la expresión del sentimiento de libertad y de independencia de las nuevas naciones. Lo que unió a los hombres y a las ideas en aquella alborada gloriosa fué la comunidad de aspiraciones, la identidad de propósitos, y razones geográficas, políticas, espirituales, pero fué también la noción de un peligro común, al temor por todos compartido de ver malogrado el esfuerzo libertador por la recidiva de las potencias europeas, por la Santa Alianza, cuyos regímenes eran la negación de la libertad.

Sucedió a esa primera etapa de la vida americana el período constructivo, la disparidad del desarrollo de las diversas repúblicas, la influencia en cada una de ellas, de intereses económicos distintos, el predominio de los problemas internos y, en cada una de ellas, la absorbente preocupación de la organización nacional. El paname-

ricanismo, bajo la acción de esas circunstancias aisladoras, fué diluyéndose, por decir así, en una vaga aspiración, en un ideal sin contacto con los hechos y que antes de enfrentarlos más bien los eludía.

Vino luego una equivocada política de los Estados Unidos — presiones, intervenciones armadas, ocupaciones— que suscitó recelos explicables y que durante años constituyó la manzana de discordia en América. Era preciso rectificar esa política, crear la confianza recíproca en las relaciones intercontinentales, disipar dudas y temores, reafirmar los verdaderos principios de unión panamericana y mostrar al mundo, con hechos, que en este hemisferio imperan la justicia internacional y el derecho en su más alta expresión.

### LA POLITICA DE BUENA VECINDAD

Tal es la política que se propuso y que, servido por su acatada autoridad moral, llevó a cabo el presidente Franklin Roosevelt, la política que él llamó de la "buena vecindad" y que hacía extensiva a todas las naciones del mundo. Así lo expresó al finalizar uno de sus discursos medulares, pronunciado en agosto de 1936: "ofrecemos a toda nación del mundo el saludo cordial del buen vecino". Y añadía: "aquellos que deseen nuestra amistad que nos miren en los ojos y estrechen nuestra mano".

Dijo otra vez —y lo citó de memoria— que el más grande monumento que existe a la buena vecindad entre dos pueblos no está hecho en piedra ni en bronce: es la extensísima frontera entre los Estados Unidos y el Canadá, sin alambres de púa, sin piquetes de soldados o policía, sin pasaportes.

Los acontecimientos europeos, con ser tan absorbentes, no lo distrajeran de la buena vecindad continental. Por el contrario, lo convencieron cada día más de la necesidad de una unión estrecha y confiada entre todas las repúblicas americanas. Vió, en efecto, desde el primer momento, que los conflictos de Europa llevarían a una guerra, y que esa guerra iba a ser lo que fué, no sólo una lucha entre hombres, entre ejércitos, entre naciones, sino también entre principios de moral política, entre ideologías y entre creencias. Vió que los hechos que ocurrían en el Viejo

Mundo se asemejaban, en muchos aspectos, a los que alarmaron a América en 1815-1823, y que, como entonces, la amenaza era contra la libertad, contra la independencia nacional, en favor del despotismo, del poder arbitrario y de una nueva forma de Santa Alianza, cuyo objeto era el establecimiento de un "nuevo orden" reñido con el ideal americano.

Roosevelt quiso hacer del panamericanismo lo que es hoy, no ya simplemente una aspiración, un sentimiento, sino una realidad vivida, un mutuo entendimiento efectivo sobre la base de la absoluta igualdad de las naciones que lo integran. Pudo decir con razón en 1933: "en el Hemisferio occidental nos hemos propuesto y hemos practicado, consciente y tenazmente, el papel del buen vecino. Entramos en las convenciones americanas incorporando a ellas los principios de no intervención. Abandonamos la enmienda Platt que nos autorizaba a intervenir en la República de Cuba. Retiramos los marinos que habían estado de guarnición durante varios años en Haití. Firmamos un nuevo tratado con Panamá sobre bases mutuamente satisfactorias. Nos comprometimos en diversas conferencias interamericanas que han producido diversos pactos de mutua ventaja. Entramos en numerosos convenios comerciales con otras repúblicas vecinas para nuestro beneficio comercial recíproco. A pedido de otras repúblicas, ayudamos a resolver varias disputas fronterizas entre naciones americanas".

Al espíritu que inspiró su política del buen vecino, él mismo lo definió con palabras que llevan el sello de su sinceridad y franqueza: "A medida que adquiría mayor experiencia en la vida pública, más cuenta me daba de que nuestros vecinos poseían el mismo amor por la libertad, la independencia amistosa que teníamos nosotros. Llegué a la firme convicción de que la vida nacional de todos y cada uno de nuestros países se enriquecería y alcanzaría mayor plenitud si mi creencia pudiera hacerse tangible en nuestras relaciones prácticas".

La solidaridad americana cobró mayor significado y urgencia en vísperas de la guerra y a eso se debió la conferencia de consolidación de la paz, promovida por el presidente Roosevelt, y que se celebró en esta capital en diciembre de 1936 y de la que surgió la institución de las consultas entre cancilleres. En Lima se proclamó solemnemente esa solidaridad material y moral.

La Argentina lo hizo en estos términos categóricos: "todos y

cada uno de nosotros estamos dispuestos a sostener y a probar esa solidaridad frente a cualquier peligro que, venga de donde viniere, amenazara la independencia o la soberanía de cualquier Estado de esta parte del mundo . . . No es solamente el pedazo de tierra lo que llegado el caso defenderíamos en sagrada unión. Estamos resueltos a rechazar con el mismo tesón, ya por medio de medidas concordantes de carácter preventivo, ya por una acción directa combinada, todo lo que implique una amenaza para el orden americano, toda intromisión de hombres o de ideas que reflejen y tiendan a implantar en nuestro suelo y en nuestros espíritus, conceptos ajenos a nuestra idiosincrasia, ideales en pugna con los nuestros, regímenes atentatorios de nuestras libertades, teorías disolventes de la paz social y moral de nuestros pueblos, fanatismos o fetichismos políticos que no pueden prosperar bajo el cielo de América”.

### LAS NORMAS DE LA NEUTRALIDAD

En Panamá las repúblicas americanas que —ya la guerra en pleno desarrollo—, se habían declarado neutrales de acuerdo con las prácticas internacionales se reunieron para reglamentar en conjunto las normas de la neutralidad.

Pero pronto se vió que la neutralidad era desconocida por los beligerantes; tan poco respetada, que, ante esa realidad, el gobierno argentino, siendo presidente el doctor Ortiz, y el que habla ministro de relaciones exteriores, tomó una iniciativa confidencial ante el gobierno de Estados Unidos, insinuándole y demostrándole la conveniencia de una nueva consulta para plantear ante las naciones de América la revisión de su posición neutral, sustituyéndola por una “no beligerancia coordinada”.

El estado de neutralidad, en efecto, deriva del principio de soberanía de los estados; ha sido concebido porque en un momento dado fué la forma de preservar esa soberanía. Pero en las condiciones del mundo en aquel momento era manifiesto que la neutralidad disminuía la soberanía, sin protegerla. Ni los estados beligerantes respetaban la voluntad del neutral, ni éste podía hacer respetar su neutralidad como forma jurídica de su aislamiento. La neutralidad era una ficción. Bastaba para demostrarlo el más ligero examen del cuadro de la guerra en aquellos días: la agresión y ocupación de

Dinamarca y Noruega; la lucha llevada sobre los territorios neutros de Holanda y Bélgica; la amenaza que, desde hacía meses, obligaba a los otros países neutrales a mantenerse movilizados y en pie de guerra, y, en fin, las complicaciones y limitaciones que soportaban en general el comercio y la navegación neutral.

### LA INICIATIVA ARGENTINA

Si esa iniciativa argentina no prosperó entonces fué por razones circunstanciales inherentes al estado de la opinión pública en Estados Unidos, donde el aislacionismo dominaba aún en ciertas partes del país, y podía considerarla demasiado avanzada. Hay que señalar, en efecto, que la sugestión de la cancillería argentina se produjo con anterioridad a la entrada en la guerra de Estados Unidos, antes del ataque a Pearl Harbor que iba a acabar con el aislacionismo. Vale decir, y me interesa recalcarlo, que esa iniciativa no respondió a ninguna presión, no fué un acto de debilidad argentina. Fué, por el contrario, simplemente, un movimiento libre y espontáneo de un gobierno democrático como era el del doctor Ortiz, frente al atropello de que eran víctimas las democracias europeas. Se anticipó en muchos meses y años a los acuerdos de resistencia continental que después se nos iba a pedir en Rio de Janeiro. Marcó en su momento la posición natural de nuestro país, abandonada luego y reasumida ahora, aunque en condiciones bien distintas.

La política de estrecha y confiada unión entre los países de América, iniciada y perseguida sin desmayo por el presidente Roosevelt fué cobrando, por etapas, fuerza y amplitud: la Habana, donde se contraen compromisos categóricos de solidaridad; Río de Janeiro, donde se trata de llevar a la práctica esos compromisos; Méjico donde se continúa la solidaridad del continente. Hoy todas las repúblicas toman parte en la conferencia de San Francisco que ha de organizar la paz por fin reconquistada.

### ALMA Y EJE DE LA VICTORIA

En esa reconquista de la paz la parte que corresponde al presidente Roosevelt es inmensa. Fué el alma, y el eje de la victoria, victoria de la que nunca dudó y que un destino cruel no le ha per-

mitido ver y proclamar. El gran pueblo que lo tenía a su frente, anuladas todas las disidencias por el traicionero golpe de Pearl Harbor, valoró, en la hora decisiva, lo que habían sido las geniales previsiones de su presidente y se confió, sin reservas, a su dirección, pronto para todos los sacrificios.

Sería larga empresa referir lo que fué la acción incesante de Roosevelt en la guerra. Pidió para ella todos los recursos materiales y morales de la nación y los obtuvo con creces y él le dió todo, su pensamiento, sus fuerzas físicas, su salud, su vida. Hizo la guerra con voluntad inflexible por una causa, que consideraba sagrada, la libertad y la dignidad del hombre, pero la hizo sin odios, que no cabían en su ánimo, imbuído de un profundo sentimiento religioso.

Su muerte no es solamente una gran pérdida. Es una gran ausencia. Es común decir que los acontecimientos arrastran a los hombres, pero ¡cuán grande es, para el bien o para el mal, la influencia que un hombre puede ejercer sobre los acontecimientos!

La del presidente Franklin Roosevelt se ejerció para el bien de su país y de la humanidad. Por eso, por su obra de gobernador y, como hombre, por sus virtudes, su alta razón práctica, su actividad incesante, su voluntad serena y fuerte, su probidad, su rectitud y su pureza de intenciones quedará como un gran ejemplo en el recuerdo de la historia.

Estas conferencias fueron pronunciadas en la inauguración de la Cátedra Franklin Delano Roosevelt, efectuada el 17 de mayo de 1945.



## La Carta del Atlántico

El texto definitivo de la Declaración Conjunta que más tarde sería conocida con el nombre de Carta del Atlántico, suscripta en agosto de 1941, es el siguiente:

“El Presidente de los Estados Unidos de América y el Primer Ministro Churchill, en representación del Gobierno de Su Majestad en el Reino Unido, habiéndose reunido, juzgan conveniente hacer conocer ciertos principios comunes de la política nacional de sus respectivos países, sobre los cuales se fundan sus esperanzas de lograr un porvenir mejor para el mundo.

“Primero, sus respectivos países no buscan el engrandecimiento, ni territorial ni de ninguna otra índole;

“Segundo, no aprueban el que se realicen modificaciones territoriales que no estén de acuerdo con los deseos que expresan libremente los pueblos interesados;

“Tercero, respetan el derecho de todos los pueblos a elegir el régimen de gobierno bajo el cual han de vivir; y desean que se restituyan los derechos soberanos y la independencia a los pueblos que han sido despojados de ellos por la fuerza;

“Cuarto, con la debida consideración de sus obligaciones existentes, se esforzarán por que todos los estados, ya sean grandes o pequeños, victoriosos o vencidos, disfruten del acceso,

en igualdad de condiciones, al comercio y a las materias primas del mundo que necesitan para su prosperidad económica;

“Quinto, desean lograr en el campo de la economía la colaboración más estrecha entre todas las naciones, con el objeto de conseguir para todos mejoras en las normas de trabajo, prosperidad económica y seguridad social;

“Sexto, después de la destrucción completa de la tiranía nazi, esperan que se establezca una paz que proporcione a todas las naciones los medios de vivir seguras dentro de sus propias fronteras y que garantice a todos los hombres en todas partes del mundo una vida exenta de temor y de privaciones;

“Séptimo, dicha paz permitirá a todos los hombres cruzar libremente todos los mares;

“Octavo, creen que las naciones del mundo, por razones tanto realistas como espirituales, tendrán que abandonar el uso de la fuerza. Ya que no podrá mantenerse la paz futura si las naciones que amenazan o puedan amenazar o cometer una agresión fuera de sus fronteras, continúan utilizando armamentos terrestres, navales o aéreos, y creen que hasta que se establezca un sistema más amplio y permanente de seguridad general, es esencial desarmar a dichas naciones. Asimismo prestarán ayuda y estimularán todas aquellas otras medidas prácticas que puedan aliviar de la pesada carga de los armamentos a los pueblos amantes de la paz”.

Franklin D. Roosevelt

Winston S. Churchill

## Roosevelt en la Argentina

1º de diciembre de 1936. El Presidente Roosevelt dirige la palabra a los delegados de las Repúblicas americanas en la sesión inaugural de la Conferencia Interamericana de la Consolidación de la Paz, Buenos Aires, Argentina.

Miembros de la Familia Americana de Naciones:

En el feliz momento en que se inaugura esta Conferencia me dirijo así a vosotros, ya que los miembros de una familia no necesitan presentación ni formalidades cuando, de acuerdo con una costumbre excelente, se reúnen para su común beneficio.

.....

No es ésta una conferencia cuyas finalidades sean formar alianzas, dividir botín de guerra, repartir naciones, o tratar a los seres humanos como si fueran piezas en un juego de azar. Nuestro propósito, bajo tan felices auspicios, es asegurar la continuación de las bendiciones de la paz.

Hace tres años, advirtiendo nuestras veintiuna Repúblicas que el Nuevo Mundo iba a verse envuelto en una crisis, dieron con magnífica unanimidad el ejemplo al mundo entero, proclamando un nuevo espíritu e iniciando una nueva era en los asuntos de este hemisferio.

Aunque el subsiguiente período justificó plenamente todo lo que se hizo y se dijo en Montevideo, puso por desgracia en evidencia la gravedad de los atentados contra la paz entre las demás naciones.

Los acontecimientos ocurridos en otras partes han servido sólo para aumentar nuestro horror a la guerra y todo lo que ella significa. Los hombres, las mujeres y los niños de las Américas saben que la guerra es hoy algo más que el choque de los ejércitos; ven en ella la destrucción de las ciudades y de los campos; prevén que los hijos y los nietos lucharán por muchos años, si sobreviven, no solamente bajo el peso de la miseria, sino también en medio de la amenaza de una sociedad deshecha y de la desaparición del gobierno constitucional.

Estoy plenamente convencido de que la gente sencilla de todas partes del mundo civilizado desea hoy que los pueblos vivan en paz los unos con los otros. Y, sin embargo, los líderes y los Gobiernos recurren a la guerra. Si el genio de la humanidad que inventó las armas de muerte no puede descubrir los medios de preservar la paz, no hay duda alguna de que nuestra civilización, tal como actualmente existe, atraviesa un momento fatal.

Pero no podemos aceptar ahora, y especialmente en vista de nuestro común propósito, una actitud derrotista. Sabemos por dura experiencia que la paz no se consigue sólo con pedirla; la paz, como otros preciados bienes, puede obtenerse únicamente gracias a tenaces y laboriosos esfuerzos. No hallamos aquí para dedicarnos y dedicar nuestros países a esta obra.

Vosotros que estáis reunido hoy, traéis a estas deliberaciones la esperanza de millones de seres de otras tierras menos afortunadas. Al otro lado del océano vemos continentes despedazados por viejos rencores y nuevos fanatismos. Oímos clamores para que la injusticia y la desigualdad sean modificadas por la fuerza de las armas y no por la razón y la justicia pacífica. Oímos afirmar que sólo por la conquista pueden obtenerse nuevos mercados. Leemos que no se toma en cuenta la santidad de los tratados entre naciones.

También sabemos que grandes cantidades de armamentos se acumulan por todos lados y que su fabricación crea trabajo para millones de hombres y de mujeres. Sin embargo, es lógico que lleguemos a la conclusión que tal trabajo es ficticio; no levanta estructuras permanentes ni produce artículos de consumo para el mantenimiento de una prosperidad estable. Sabemos que las naciones responsables de tales insensateces verán llegar el día en que tendrán que utilizar sus armas de destrucción contra sus vecinos, o el momento en que su falsa economía ha de derrumbarse como un castillo de naipes.

En ambos casos, aunque los americanos no nos veamos impli-

cados en guerra alguna, sufriremos también. La locura de una gran guerra en otras partes del mundo nos afectaría y amenazaría nuestro bienestar de mil modos. Y la ruina económica de cualquier nación o naciones, forzosamente ha de perjudicar nuestra prosperidad.

¿Podemos nosotras las Repúblicas del Nuevo Mundo, ayudar al viejo continente a evitar la inminente catástrofe? Si; estoy seguro de que podemos hacerlo.

En primer lugar, es nuestro deber evitar por todo medio honorable una guerra futura entre nosotros. Para ello lo mejor es fortalecer los procedimientos del gobierno democrático y constitucional, a fin de que armonicen con la actual necesidad de unidad y eficiencia y, al mismo tiempo, preserven las libertades individuales de nuestros ciudadanos. Al lograr éstos, nuestros pueblos, contrariamente a lo que ocurre en otros pueblos que viven bajo diferentes formas de gobierno, pueden insistir e insistirán en su intención de vivir en paz. Quedará así justificado el gobierno democrático en todo el mundo.

En esta nuestra determinación de vivir en paz, los pueblos de las Américas ponemos al mismo tiempo en evidencia que estamos firmemente unidos en nuestra decisión final de que si otros pueblos, impulsados por la locura de la guerra o la avidez de ampliar su territorio, tratarán de cometer actos de agresión contra nosotros, se encontrarán con las Repúblicas de este hemisferio plenamente dispuestas a consultarse en pro de su seguridad y su mutuo bienestar. Repito lo que dije ante el Congreso y la Suprema Corte de Justicia del Brasil: "Todos hemos disfrutado de las glorias de la independencia. Vayamos en pos de las que nos depara la interdependencia".

En segundo lugar, además del perfeccionamiento de los instrumentos de paz, podemos luchar aun con más bríos que en el pasado, para evitar la creación de las condiciones que conducen a la guerra. La falta de justicia social o política dentro de las fronteras de cualquier nación es siempre causa de ansiedad. Por medio de los procedimientos democráticos podemos empeñarnos en lograr dentro de las Américas el más alto nivel posible de vida para todos nosotros. Los hombres y las mujeres que gozan de los beneficios de la libertad política, que están dispuestos a trabajar y encuentran ocupación, que cuentan con los recursos necesarios para mantener sus familias y educar a sus hijos, que están satisfechos con su suerte en la vida y que viven en amistad con sus vecinos, se defenderán con todas sus fuerzas,

pero no consentirán jamás en tomar armas en una guerra de conquista.

Relacionado con estos problemas está también el hecho evidente de que el bienestar y la prosperidad de cada uno de nuestros países dependen en gran parte de los beneficios resultantes del comercio entre ellos y con otras naciones, pues nuestra civilización actual descansa sobre la base del intercambio internacional de mercaderías. Todas las naciones del mundo han experimentado los malos efectos de los esfuerzos hechos recientemente para crear toda clase de barreras aduaneras. Los ciudadanos han sufrido sin excepción sus consecuencias. No es mera casualidad que las naciones que han seguido este procedimiento hasta su límite extremo sean aquellas que más alto proclaman la necesidad de la guerra como instrumento de su política. Tampoco es mera casualidad que los esfuerzos para bastarse a sí mismas hayan llevado a un nivel inferior las normas de sus pueblos, y conducido a la pérdida cada vez mayor de los ideales democráticos en la carrera desenfrenada para acumular más y más armamentos. Ni es mera casualidad que, debido a estas políticas suicidas y al sufrimiento que las acompaña, muchos sean los que hayan llegado a creer desesperadamente que la guerra cuesta menos que la paz.

Debemos negarnos a aceptar este estado de cosas con todo nuestro instinto de conservación, con toda la exaltación de nuestros anhelos, utilizando para ello toda nuestra inteligencia y habilidad.

No puedo dejar de reiterar aquí mi satisfacción por que en este esfuerzo, como en tantos otros, las Repúblicas americanas hayan dado al mundo un ejemplo saludable. La resolución adoptada en la Conferencia Interamericana de Montevideo apoyando los principios de una política comercial liberal, ha brillado como un faro en la tempestad de la locura económica que ha barrido al mundo entero durante los últimos años. Si los principios que esta resolución encierra encuentran una aplicación más amplia en vuestras deliberaciones, ello constituirá un aporte notable a la causa de la paz. Por mi parte he hecho todo lo que en mi poder estaba por respaldar los esfuerzos continuos realizados por mi Secretario de Estado al negociar acuerdos para el fomento del comercio recíproco, y aunque los resultados separadamente parezcan escasos, en conjunto son importantes. Esta política obtuvo, hace unas semanas, la aprobación del pueblo de los Estados Unidos, y estoy seguro de que simpatizan con ella las demás naciones aquí reunidas.

Muchas otras son las causas de la guerra, entre ellas, disputas enconadas de larga existencia, fronteras indefinidas aún, y rivalidades territoriales. Pero estos focos de peligro que todavía existen en las Américas no sólo son pocos, por fortuna, sino que ya están en vías de solución pacífica. Aunque la solución de dichas controversias puede requerir ajustes en nuestros países y en las relaciones con nuestros vecinos que parezcan implicar sacrificios materiales, ningún hombre ni mujer debe olvidar que nada se gana con la guerra. Los sacrificios que se hagan en pro de la paz son insignificantes si se les compara con el holocausto de la guerra.

La paz viene del espíritu y debe basarse en la fe. Al buscar la paz, quizás sea mejor empezar por proclamar altamente la fe de las Américas: la fe en la libertad y su realización que ha demostrado ser, en medio mundo, una fortaleza inexpugnable a todo ataque.

Esa fe nace de la común esperanza y del propósito común transmitido por nuestros antepasados en distinta forma, pero con un solo fin, la libertad y seguridad del hombre, base de nuestra paz.

Por lo tanto, si hacemos imposible la guerra entre nosotros, y si dentro de nuestro país y entre nuestros propios países podemos proporcionar mayor libertad y desarrollo a la vida individual de nuestros ciudadanos, la forma democrática de gobierno representativo habrá justificado los grandes ideales de nuestros libertadores. La democracia sigue siendo el anhelo del mundo. Si nosotros en nuestra generación podemos continuar dándole una aplicación eficaz en las Américas, se propagará, y superará a otros métodos de gobierno que a la mayoría nos parecen contrarios a nuestros ideales de libertad y progreso humanos.

En tres siglos de historia germinaron las semillas que dieron vida a nuestros países; el cuarto siglo los vió alzarse en un pie de libertad e igualdad, llevándonos a un sistema común de gobierno constitucional; el quinto siglo nos ofrece un terreno común de entendimiento y ayuda mutua. Por fin nuestro hemisferio ha llegado a su mayoría de edad. Nos hallamos aquí reunidos para evidenciar su unidad ante el mundo, de nuestros mayores hemos heredado un gran ideal. Lo presentamos aquí como una gran realidad de unión.

Para terminar, al expresar nuestra fe en el Hemisferio Occidental, afirmemos: Que mantenemos y defendemos la forma democrática de gobierno representativo constitucional.

Que por medio de esa forma de gobierno podemos ofrecer una mayor distribución de cultura, de educación, de ideas y de libre expresión del pensamiento.

Que por ese medio podemos conseguir mayor seguridad de vida para nuestros ciudadanos y mayor igualdad de oportunidades para alcanzar su prosperidad.

Que por ese medio podemos fomentar mejor el comercio y el intercambio artístico y científico entre las naciones.

Que nos permite eludir la rivalidad en materia de armamentos, evitar rencores, y que promueve la buena voluntad y la verdadera justicia.

Que por ese gobierno podemos ofrecer esperanzas de paz y de una vida de mayor abundancia para los pueblos del mundo entero.

Pero esta fe que profesa el Hemisferio Occidental no sería completa si dejáramos de afirmar nuestra fe en Dios. En toda la historia de la humanidad en la época más remota, antes de que el hombre supiera registrar ideas o acontecimientos, la raza humana ya se distinguía de otras formas de vida inferior por la existencia —el hecho— de la religión. Los esfuerzos realizados de tiempo en tiempo para negar la existencia de Dios, siempre han sido y siempre serán vanos.

En las constituciones y en la práctica de nuestras naciones se encuentra el derecho a la libertad de culto. Pero este ideal, estas palabras presuponen la creencia y la fe en Dios.

La fe de las Américas está, pues, en el espíritu. La organización, la fraternidad de las Américas serán invulnerables mientras las naciones que las componen mantengan ese espíritu.

Con esa fe y ese espíritu tendremos paz en el Hemisferio Occidental. Con esa fe y ese espíritu, la vigilaremos y resguardaremos.

En esa fe y en ese espíritu —y con la ayuda de Dios— séanos permitido también ofrecer esperanzas a nuestros hermanos de allende los mares.

F. D. Roosevelt.

## Las Cuatro Libertades

Extracto del discurso del Presidente Roosevelt sobre las cuatro libertades, pronunciado el 7 de enero de 1942.

La Nación saca gran satisfacción y mucha fuerza de las cosas que han sido hechas para lograr que el pueblo tenga conciencia de la acción individual que le toca en la preservación de la vida democrática en América. Dichas cosas han fortalecido la fibra de nuestro pueblo, renovado su fe y robustecido su devoción a las instituciones que estamos dispuestos a proteger.

Las cosas básicas que nuestro pueblo espera de su sistema político y económico, son sencillas. Ellas son:

Igualdad de oportunidad para la juventud y todos los demás seres.

Empleo para aquellos que pueden trabajar.

Seguridad para quienes la necesiten.

El fin de los privilegios especiales para unos pocos.

La conservación de las libertades civiles para todos.

El goce de los frutos del progreso científico en relación a un nivel de vida más amplio y constantemente en aumento.

En los días futuros que buscamos asegurar, ansiamos un mundo fundado en cuatro libertades esenciales:

La primera, es la libertad de palabra y expresión — en todas partes del mundo.

La segunda, es la libertad para cada persona de adorar a Dios de acuerdo a su propia conciencia — en todas partes del mundo.

La tercera, es la liberación de la necesidad, lo cual, traducido en términos mundiales, significa entendimientos económicos que aseguren a cada país una vida sana en tiempo de paz para todos sus habitantes — en todas partes del mundo.

La cuarta, es la liberación del temor, lo cual, traducido en términos mundiales, significa una reducción mundial de armamentos a tal punto y en forma tan completa que no haya Nación alguna en situación de cometer un acto de agresión física contra cualquiera de sus vecinos — en todas partes del mundo.

No es ésta una visión para un milenio lejano. Es la base determinada para un mundo alcanzable en nuestro propio tiempo y generación.

## Estética de las artes del plano (1)

Por JORGE ROMERO BREST

Las marchas y contramarchas que se anotan en la evolución de la pintura occidental, desde sus comienzos en la Alta Edad Media hasta nuestros días, han influido de manera evidente en el destino de las artes derivadas de ella: el mosaico, la ornamentación de manuscritos, las vidrieras de colores, los tejidos, los papeles pintados, y en otras que han tenido vínculos menos estrechos, como la cerámica, la esmaltería y el grabado. Después de haber tenido todas un punto de coincidencia casi absoluta al desarrollarse en el plano, divergieron al lanzarse la pintura con todas sus fuerzas a la conquista del espacio, que logró por fortuna para ella en la Edad Moderna y conservó durante todo el siglo XIX, para volver a encontrarse en cierto modo actualmente. La divergencia entre aquélla y las artes derivadas no fué, empero, tan absoluta, pues también éstas pretendieron ponerse a tono, con lo que solamente lograron desnaturalizarse: la búsqueda de la espacialidad —tarea tan inútil como imposible de lograr con éxito— las alejó de su campo específico de expresión y les impidió mantenerse puras y valiosas en el respeto del plano. No deja de ser curioso observar, pues, las consecuencias de signo tan opuesto que ha producido el mismo ideal en

---

(1) Fragmento de un capítulo del libro "Las Artes Derivadas", tomo IV de la Historia de las Artes Plásticas, de próxima aparición.

el proceso evolutivo de estas artes que conservan entre sí la relación de madre a hijos.

¿Qué es el plano? Una superficie —puede no ser rigurosamente plana en sentido geométrico— en la que se desarrolla la creación plástica obedeciendo a la dos únicas dimensiones que posee: el largo y el ancho; un elemento constitutivo del volumen por tanto, al que acusa y define, de donde deriva la dependencia de estas artes a la arquitectura. El suelo constituye el plano para el mosaico de pavimento y la alfombra, mientras que el muro lo es para el mosaico de revestimiento, el tapiz, el papel pintado, y, en sus aberturas, para las vidrieras de colores. Otros planos, menos definidos y virtuales algunos, existen para diversas clases de tejidos, desde los que proporcionan los muebles de tapicería o las cortinas hasta los que se señalan en el vestido humano.

La primera y fundamental ley estética a que se ajustan estas artes es la de no alterar el plano. Para cumplirla excluyen todos los efectos tendientes a crear la ilusión espacial: la perspectiva, los efectos de modelado en relieve, los escorzos y todo cuanto pueda hacer creer al espectador que se ha "agujereado el muro" como suele decirse, es decir los elementos de que se ha valido la pintura para sus representaciones naturalistas de acento sentimental, anecdótico-narrativo o descriptivo. Cuando se dice, entonces, que el ideal del tapicero o del mosaquista no debe ni puede ser el de copiar al pintor, es en realidad a la pintura naturalista a la que se niega y esto porque ella es espacial.

Hay razones muy serias y definitivas para justificar este postulado de la no imitación a la pintura. Ante todo, porque la representación naturalista en mosaicos, vidrieras, tapices o alfombras es inconveniente —lo ha sido siempre por lo menos— a causa de que rompe la armonía arquitectónica, introduciendo un mundo autónomo que no puede tener lazos con ella: lo mismo que el cuadro, es una ventana abierta al espacio, a través de la cual se percibe un mundo extraño y arbitrariamente detenido en el que imperan leyes luminosas y atmosféricas totalmente diferentes a las del ambiente en que se coloca el espectador, sin que nada pueda colmar ese vacío que se forma entre éste y la composición decorativa de que se trate. Luego, porque está en fundamental desacuerdo con el carácter que deben tener las formas decorativas, las que no deben hacer desaparecer la idea del muro o del suelo, sino subrayar la estructura

arquitectónica y crear un clima de emoción acorde con ella sin perturbarla en modo alguno. Matisse decía: "Quiero un arte de equilibrio, de pureza, que no inquiete ni perturbe; quiero que el hombre fatigado, que ha trabajado con exceso, enervado, encuentre en mi pintura la calma y el reposo", como si se hubiese propuesto definir, más que el ideal del cuadro de caballete, el de estas artes del plano. Por otra parte, en el repudio a las representaciones naturalistas pesa otro factor importante: el de la incapacidad de estas artes para competir con la pintura, que dispone de recursos perspectivas, de color y de iluminación infinitamente superiores a los que podrían emplear aquéllas. ¿Cómo lograr en las vidrieras de colores la riquísima gama tonal que es menester para crear la ilusión del relieve? ¿Cómo evitar en la tapicería la superficie rugosa de la trama, tan impropia para la absorción de la luz, la uniformidad en la distribución del color determinada por la necesidad de valerse de hilos de lana o de seda, el grisado producido por el doble efecto de las partes salientes y entrantes, los desacordes tonales promovidos por los cambios climáticos? ¿Cómo impedir en el papel pintado la estereotipación expresiva del detalle impreso y la repetición de ciertos colores a que obliga la máquina? El respeto de esta ley es aún más imperioso para el dibujante de modelos de telas destinadas a la vestimenta humana o a la decoración móvil, pues se trata de materias que, al plegarse según los movimientos del cuerpo o de la cortina, destruyen ellas mismas sus motivos decorativos. Con buen criterio, por eso, los artesanos orientales y los tapiceros franceses y flamencos del siglo XV prefirieron las figuras que se podían recomponer a través de los pliegues verticales.

¿De qué elementos se han valido los cultores de estas artes en las épocas de mayor esplendor como para que puedan ser presentados con carácter paradigmático? Pues, de la línea y del color plano, con los que buscaron expresar más bien ritmos de emoción que ideas o sentimientos definidos. Como en la música y en la danza, el hombre ha encontrado en esos elementos plásticos, desde la época más remota de su iniciación cultural, un deleite natural, provocado por la ordenación rítmica de los mismos, acorde con el ritmo de sus propias actividades físicas. Un predominio de la expresión sensorial sobre la genuinamente espiritual, que apareció más tardíamente, con alguna nota de sensualismo erótico siempre presente en la sobrestima de ciertas materias lujosas al tacto o a la vista —teji-

dos de seda y esmaltes por ejemplo— es lo que caracteriza, en efecto, a estas artes derivadas, en cuyas manifestaciones más felices el contenido ilustrativo de las representaciones, hasta en los casos de intención dogmática bien definida como en el mosaico bizantino, pierde gran parte de la importancia que siempre tiene en la pintura. Las formas más simples del ritmo, organizadas según los dos grandes principios de la simetría y de la asimetría, secuencia melódica de los motivos u oposición contrastada de los mismos, repetición y alternancia, según el primero, balanceamiento o compensación de masas según el segundo, se manifiestan con tal evidencia al espectador frente a un mosaico, un tapiz, una alfombra o un papel pintado, que olvida rápidamente la debilitada expresión figurativa para entregarse a la orgía de los elementos sensibles. Esto resulta por demás evidente en la estimación de las telas, tapices y alfombras, destinadas a producir no sólo una excitación visual por su calidad, consistencia, flexibilidad y color, sino también una excitación táctil, que se manifiesta en el imperioso deseo de tocarlas.

A diferencia del ritmo espacial, que es lento y profundo porque está sujeto a una triple proporcionalidad, el ritmo planista puede ser rápido y superficial, más gracioso y espontáneo que aquél, ya que sólo obedece a las mutuas relaciones entre el largo y el ancho. No siempre, sin embargo, los mosaiquistas, pintores de vidrieras y tejedores han explotado esta rica posibilidad rítmica del plano —como lo han pretendido hacer los pintores modernos de ciertas escuelas directamente vinculadas con las artes derivadas de la pintura, en especial las del expresionismo— pues, al continuar representando figuras con carácter dogmático estuvieron obligados a hieratizarlos, tratándolos como si hubiesen sido aplastados contra un muro y sólo conservaran la silueta. El esquematismo convencional, que es carácter preponderante en estas artes, justificado por la necesidad de producir una visión clara y nítida a distancia, así como las deformaciones ya de tipo expresionista tan evidentes en el mosaico medieval, en las vidrieras de colores de las catedrales góticas y en tapices y alfombras, y el arabesco unificador de formas como criterio fundamental de composición, no fueron sino consecuencias de la expresión rítmica que se buscó.

Puede ser tomada como regla general, ha dicho Sir Charles Holmes, que “si empleamos un símbolo naturalista, su forma debe ser convencionalizada o simplificada en el mismo grado que el co-

lor es intensificado". No es una mera coincidencia, pues, que tanto en las artes derivadas de la pintura como en ésta misma, el color se haya manifestado con extraordinaria potencia expresiva propia, por su intensidad de tinta y por su brillo, sólo cuando ha animado formas esquemáticas, lo que se explica fácilmente además porque la voluntad naturalista obliga a diluirlo en el tono y en el clarooscuro. Si la sobriedad es regla valedera para toda expresión artística, con mayor razón lo es para el mosaico, la vidriera de colores, el tejido o el papel pintado, ya que el color franco y violento que ilumina las formas dibujadas debe ser empleado con suma parquedad, debiendo predominar una o dos tintas cuando más para evitar el abigarramiento inexpresivo. También en esta modalidad colorística se advierte la presencia del ritmo como directiva del acto creador, el que no resultaría favorecido si el artista prefiriera tratar las formas con grises y contrastes de luz y sombra. También hay, sin duda, un ritmo de clarooscuro, pero éste sólo es accesible al espectador en la pintura o en el grabado, porque puede acercarse a las composiciones, no en las artes que producen objetos destinados a ser contemplados desde lejos.

La figura humana no ha sido rechazada totalmente, como se ha dicho, sobre todo durante el Medievo a consecuencia del carácter dogmático e ilustrativo que tuvo entonces toda la producción artística, aunque con las limitaciones establecidas. El pleonasma que ella significa, así como toda representación naturalista, es más evidente cuando se trata del mosaico de pavimento o de la alfombra, pues, como bien decía San Bernardo, condenando los mosaicos del Monasterio de Cluny en los que se representaron motivos ornamentales con personajes: "Las imágenes de los santos no están para ser pisadas". Podría agregarse, respecto a las telas de tapicería, que tampoco las figuras están hechas para sentarse sobre ellas. Más legítimos parecen ser para ellos los temas no figurativos, geométricos o de estilización del natural, porque no tienen implicancias de significación ideológica o sentimental, y por eso son los que han empleado en sus épocas de madurez.

Mayor variedad y amplitud de temas tienen las artes decorativas del muro, las que se han valido con marcada frecuencia de representaciones humanas, animales o vegetales, amén de las no figurativas en los tejidos y papeles pintados especialmente; pero también sus cultores más felices las han deformado y esquematizado

hasta quitarles toda alusión naturalista, en algunos casos para dotarlas de contenido ideológico, como en las vidrieras de colores, en otros para derivarlas hacia formas sonrientes y amables, como en los tapices. No sin razón, pues, los temas mitológicos, las alegorías, los apólogos y tantos otros producidos por la inagotable fantasía humana han hallado cabida cómoda en la historia de estas artes del muro, porque eran los que podían encantar los sentidos sin proponer complejos problemas de interpretación. Y, aunque no se trate de revalorizar aquellos temas, perdida hoy su vigencia, conviene retener el concepto verdadero que los hizo imponerse, pues ha de recordarse siempre que los objetos decorativos no sólo dependen de la arquitectura sino también sirven de fondo a los muebles y a las personas, y que por tanto deben ser concordantes con éstos.

El prestigio creciente y alucinante de la pintura, en especial después que se impuso el óleo en los cuadros de caballete, echó por tierra a estas modestas artes de aquélla derivadas. Sólo en breves etapas pudieron florecer con potencia de originalidad, durante las cuales, fuerza es confesarlo, sus cultores crearon "pintura pura filtrada al máximo, continente todavía todavía de aquel elemento profundamente humano que está en la base de la "pintura propiamente dicha", pero transfigurada en puro arabesco y adorno cargado de espiritualidad", como dijera Severini refiriéndose al mosaico. Tan cierto es que fueron puros, a despecho de los inmensos progresos técnicos y espirituales obtenidos después, que los artistas modernos, llevados por idéntico afán de pureza, han abrevado en el mosaico bizantino, la vidriera gótica, el tapiz flamenco o francés del siglo XV, los libros iluminados medioevales, para rejuvenecerse.

## LOS LIBROS

**LEOPOLDO ZEA.** "El positivismo en Méjico". El Colegio de Méjico. Fondo de Cultura Económica. Méjico 1943.

El positivismo ha cumplido su misión en América; sus postulados sirvieron de guía a varias generaciones: en ellos vieron sus ideales culturales y con ellos fructificó su acción. Queda incorporado a la trama cultural de toda una época. Nuevos horizontes filosóficos, lo vieron estrecho en sus aspiraciones; pero júzguese de poco o mucho valor su contenido, constituye un momento del incipiente espesor histórico cultural americano.

Un estudio de las circunstancias que vivieron con sus ideales, en cada uno de los países americanos, de la experiencia a que dió lugar, desde luego no carece de interés, y es una contribución a aclarar una época histórica y advertir los elementos de nuestra cultura. Así lo cree Zea, por muy particular que haya sido la experiencia, y su obra quiere ser una contribución en tal sentido. Contribución que es un estudio de aquella experiencia, muy particular, sí, —positivismo mejicano— pero cuya importancia no la ve carente de justificación.

Del positivismo en Méjico, no le interesa entonces, el positivismo en cuanto positivismo, en cuanto recinto de ideas ajenas a la circunstancia mejicana. "En una interpretación de este tipo salen sobrando Méjico y todos los positivistas mejicanos, los cuales no vendrían a ser sino pobres intérpretes de una doctrina a la cual no han hecho aportaciones dignas de la atención universal" (pág. 35).

En la interpretación del positivismo como filosofía de validez universal, como un ideal no alcanzado, es donde se refugian los positivistas mejicanos, —Agustín Aragón, José Torres— huyendo de las críticas adversas que ha dirigido a la realidad positivista mejicana, el grupo de la generación llamada del Ateneo de la Juventud, entre ellos José Vasconcelos, Antonio Caso, Samuel Ramos, Alfonso Reyes. Estos han interpretado y valorado al positivismo, dentro de los hechos, en

lo que fué y no por lo que debió ser, por lo que quisieron los positivistas mejicanos que fuera en último término, un ideal que no se realizó.

Sin adherir al contenido de las críticas, Zea, conserva ese punto de vista. El método de interpretación filosófica que usa es el que considera la idea dentro de la circunstancia histórica.

La obra está centrada en el juego, en el ajuste y desajuste de las circunstancias favorables a la burguesía, con los ideales positivistas traídos a Méjico por Gabino Barreda. Mostrará la torsión liberal y anti-clerical del positivismo en sus comienzos, de acuerdo con las aspiraciones de la triunfante revolución burguesa; su ajuste con las circunstancias a propósito del concepto positivista de orden, en cuanto éste sólo implique un orden material, realización de la política positivista, y su deslizamiento final sobre la realidad mejicana, en cuanto quiso realizar su intención, al principio encubierta, de establecer un poder espiritual y con él la religión de la humanidad.

El movimiento de este juego está dirigido por los intereses del grupo social burgués: éste verá en el positivismo, la expresión de las aspiraciones de un orden social, y dejará realizar al positivismo como política positiva, pero nunca como un nuevo poder espiritual. El positivismo mejicano es pues un instrumento al servicio de la burguesía. Zea adhiere aquí, a la tesis de Mannheim, "de que toda ideología es expresión de una determinada clase social" (pág. 38). Podríamos decir que es uno de los ejes de su obra; sus páginas la muestran cumplida en las circunstancias que estudian.

¿Por qué arraiga el positivismo en Méjico? La burguesía se desenvuelve en dos etapas: la primera de ellas, liberal y revolucionaria, la segunda, de orden, encuentra su expresión en el positivismo.

Pero ya en la primera etapa, se advierten afinidades con el positivismo. La sección segunda destinada a estudiar el pensamiento liberal de José María Luis Mora, muestra estas afinidades. Ya en 1837, Mora da similar interpretación a la de Barreda de la historia de Méjico, como una lucha entre las fuerzas del retroceso (clero y milicia) y las fuerzas del progreso (burguesía). Barreda en 1867 las llamará negativas y positivas.

Al intentar dar conciencia de su valor a la burguesía y proponer para ello un plan educativo basado en la experiencia y el espíritu de investigación y de duda, se adelanta al ideal positivista.

Mora lucha por una "revolución mental" que modifique las opiniones del pueblo. Acércase aquí al "fondo común de verdades" que luego proclamará Barreda.

Distingue la "revolución de los hombres", las que se deben a sus particulares intereses, de las "revoluciones del tiempo" que conducen a la "libertad política"; Barreda dirá más tarde "emancipación política". Para lograrla es necesario que el gobierno no apoye doctrina alguna, que guarde el orden solamente. El pensamiento de Mora es la

expresión teórica de la burguesía en su fase combativa: contra la anarquía existente, anhela como ideal un nuevo orden. El positivismo dará las bases ideológicas de ese nuevo orden; encontró las mentes preparadas, pero gozó además del favor de las circunstancias en 1867.

La filosofía de Comte es la expresión de la burguesía europea en su segunda etapa, constructiva. Admite la libertad del liberalismo pero limitada, de tal manera que no llegue a derribarla del poder que ha ganado: conjuga el orden con el progreso. Ante un orden estático (teología, catolicismo feudal) y un progreso dinámico-revolucionario (metafísica, iluminismo y revolución francesa) cabe un nuevo orden: el de las ciencias positivas.

La historia de Méjico también es interpretada positivísticamente: en el estado teológico dominan el clero y la milicia, en el estado metafísico se produce la revolución liberal, el estado positivo es el del nuevo orden que desea la burguesía. Esta similitud con las circunstancias europeas explica por qué la burguesía adopta el positivismo como expresión ideológica.

Pero tengamos en cuenta que una revolución "liberal" ha triunfado; por eso en el momento de la conjunción burguesa-liberal-positivista, en 1867, Barreda se aviene a establecer un necesario puente, tuerce el positivismo en un sentido liberal y anticlerical: interpreta las luchas liberales como marcha de la emancipación mental de la humanidad, a diferencia de Comte, el liberalismo mejicano, es el espíritu positivo en marcha; el espíritu negativo es el espíritu teológico (clero y milicia) contra el cual lucha el espíritu metafísico, que corresponde al estado revolucionario, consciente de su misión, encarna al querer orden, el espíritu positivo. Concuerda con el liberalismo triunfante por su anticlericalismo, en cuanto quiere sustituir la religión católica por un nuevo poder espiritual. Y cambia la divisa comtiana de Amor-Orden-Progreso en Libertad-Orden-Progreso, al proclamar la libertad de conciencia.

En un comienzo pudo lograrse un equilibrio, entre liberales y positivistas, en cuanto a la libertad: el estado será el guardián del orden material, así habría paz, garantía para la libertad de pensamiento y discusión. Se puede ser individualmente católico o liberal, pero el estado no tiene ideología alguna. Pero al decir, Barreda, que el solo ideal del estado es el progreso y que tal se consigue por el positivismo que muestra las verdades patentes, el positivismo logra albergarse en el núcleo mismo de la triunfante revolución.

Bien pronto chocan positivistas y liberales por su diversa concepción de la libertad, a propósito de la educación moral. Trata Barreda de separar la moral del campo espiritual y situarla en lo social. Lo moral es independiente de ideas religiosas pues el ateo puede ser moral; es independiente también de ideas metafísicas. La moral posee órganos propios y una educación dirigida podrá estimular aquellas tendencias altruistas. Ahora bien, algo es libre si sigue su curso natural,

sin obstáculos. Corresponde a la sociedad, dejar libertad a los impulsos altruistas del hombre y reprimir los malos. Es claro que esto violenta la libertad liberal entendida como un dejar hacer. Pero el positivismo va más allá: aspirará a que un cuerpo social independiente del estado intervenga en el terreno espiritual de la sociedad. Las restricciones a la libertad sublevarán a los jacobinos y ese poder espiritual será visto con disgusto por los católicos.

Visto que la diversidad de creencias políticas o religiosas es la fuente de la anarquía, ordenando la conciencia de todos los mejicanos sobre un fondo común de verdades se los conduciría al orden social. La educación ofrecería el máximo de verdades donde apoyarían los individuos su criterio. Se admitiría sólo aquellas verdades, que la ciencia positiva pudiera demostrar. Pero positivismo quiere decir lo encadenado a una utilidad. Aquí el positivismo encuentra su limitación y posterior esterilidad: el progreso sólo podía darse en el plano económico —dejar hacer en la propiedad privada—, era imposible un progreso en horizontes culturales. "En nombre del orden y de la paz sacrificaban toda idea que no fuera de utilidad; las ideas eran tenidas como causa principal del desorden" (pág. 131). Lleva así su perdición inmanente: José Vasconcelos, Antonio Caso, denunciarían su estrechez cultural (pág. 28).

Los intereses burgueses encontraban expresión en la ideología positivista. Los liberales que no coincidieron con el positivismo, se opusieron a éste. Los jacobinos, como se les llamó, y el clero eran ahora los promotores del desorden. Barreda interpreta entonces, la realidad con los tres estados de Comte: sitúa a los liberales en el plano metafísico. Pero aquí no expresa sino los deseos de la burguesía que en su fase constructiva, ya en el poder ansía el orden. Y el positivismo al poner al alcance de todos un fondo común de verdades conducía al orden y al bienestar material.

Defiende por otra parte estos intereses materiales. Justifica la propiedad privada como instrumento de progreso. Vuelve entonces al liberalismo: el estado no deberá intervenir en la riqueza de los individuos, solo le corresponderá humanizar a los ricos; se entiende que la libertad como "dejar hacer" económico es progreso. En realidad el positivismo se tuerce ante los intereses de la burguesía, dueña de la riqueza, pues ese no es su concepto de la libertad. Así Barreda deja el problema de la independencia económica de Méjico.

La reforma de Barreda es política: aquí prima el concepto positivo de orden, porque conviene a la burguesía usufructuar el poder que ganó. En el terreno económico, justificanse los intereses de la burguesía: aquí el positivismo cede ante el liberalismo.

No siempre gozó el positivismo del favor de las circunstancias en todas sus intenciones. En la última parte de su trabajo "Instrucción Pública", Barreda al defender los componentes de la Junta Directiva, "los únicos hombres con capacidad para dirigir en el campo espiritual"

(pág. 146), manifiesta la encubierta intención de los positivistas de formar un poder espiritual que ocupara el sitio dejado por la religión católica.

Detrás de toda la discusión sobre los nuevos planes de enseñanza, que modifican al de Barreda está la resistencia de liberales, católicos y burgueses contra ese nuevo orden espiritual. El clero porque aspiraba a reconquistar el suyo, los liberales porque aspiraban a un orden de cosas; pero el mayor ataque recibió del gobierno: entregar el poder espiritual a un grupo social —positivistas— era levantar la rebelión de los curas y de los liberales: el nuevo desorden era perjudicial para los intereses materiales de la burguesía. De ahí que el "Porfirismo", el régimen burgués que inauguró Benito Juárez y que cimentó y realizó Porfirio Díaz, haya tratado que convivieran en equilibrio: católicos, liberales y positivistas.

El positivismo se convierte en un arma política al servicio de los burgueses mejicanos y los ideales positivistas de un poder espiritual se convierten en una utopía.

Correspondió a los discípulos de G. Barreda consolidar la obra del maestro. La ideología positivista pasa a ser el instrumento justificativo de la clase burguesa mejicana: con Miguel S. Macedo quiere mostrar, como la riqueza trae aparejada elevación moral, lo que justifica su preeminencia social; con Manuel Ramos, quiere mostrar que sólo la supervivencia del más apto conviene a la sociedad, y justifica así el afán de poder y riqueza de la burguesía.

La obra de Barreda aunque circunscripta al plano educativo, en sus comienzos, adquiere proyecciones sociales: administrativa, política, educativa, económica. El ideal positivista constituye la estructura de la sociedad burguesa porfirista.

En cuanto a los ideales positivistas de establecer un nuevo poder espiritual, correspondió a Horacio Barreda, hijo de Gabino Barreda, la defensa y el intento de llevarlo a cabo. Aquí se muestra la disensión entre el positivismo y la burguesía. La divergencia de intereses transforma al positivismo en "utopía", como le llama Zea.

La última sección de la obra está consagrada a la utopía. Zea intenta valorar el pensamiento de Horacio Barreda "uno de los positivistas más inteligentes con que ha contado Méjico" (pág. 200). Podríamos entonces decir que la exposición de Zea marcha a través de tres figuras: José María Luis Mora, el precursor, Gabino Barreda, el realizador y Horacio Barreda, el utopista.

Por lo que a una valoración definitiva de la obra concierne, escapa a quienes —como el que escribe— desconocen la realidad histórica de Méjico y las obras de los positivistas. Empero, cabe a nuestro juicio una advertencia: las reiteradas citas, el comentario del autor sobre el contenido de las mismas, y el volver insistentemente sobre ciertas circunstancias, deslucen la exposición, que más hubiera ganado ofreciendo apretadas síntesis en algunos pasajes.

La obra de Leopoldo Zea es una contribución para el estudio del pensamiento en América.

L. F. Rosso.

**"EL MURO DE MARMOL"**, por Estela Canto, Editorial Losada, 1945.

"El muro de mármol" es la primera novela de Estela Canto y obtuvo el premio en el concurso organizado por la Imprenta López.

Como obra del género revela, en la señorita Estela Canto, una fuerte predisposición para el relato de largo aliento. El tiempo novelístico perfectamente ensamblado a través de todas sus páginas aparece fuerte y denso en todo el transcurso de la obra, y hasta hay una mejor definición de las situaciones a medida que se avanza en el libro, sobre todo en la segunda parte del mismo.

Pero es necesario formular algunos reparos de importancia. En primer lugar la novela ofrece, en general, una serie de escollos que Estela Canto no ha sabido vencer. Los personajes, los caracteres de la obra aparecen desdibujados casi en su totalidad, y el buceo psicológico está descuidado, más aun si consideramos que se trata de una novela donde la intriga, sin llegar a ser policial, da al clima de su desarrollo la ocasión, y la necesidad, en la definición de los caracteres. En ese sentido, el grupo más conseguido es el de la familia Gallarte (la madre, Lucrecia, Isabel, el extraño adolescente Aníbal). Pero aún ahí la definición no se logra en base a los personajes, sino más bien por la habilidad evocadora de toda esa época de principio de siglo, y que es la parte mejor conseguida de todo el libro (sobre todo la noche de la muerte del jefe de la familia Gallarte). En cambio hay personajes, como la madre del relator de la historia, que a veces reaccionan partiendo de situaciones realmente forzadas.

A veces el relato se interrumpe demasiado frecuentemente con observaciones y evocaciones que el novelista pone en boca de su personaje (la novela está casi totalmente escrita en primera persona) y entonces la novela se pierde y se fragmenta en su desarrollo.

Pero el principal reparo que es necesario hacerle a esta primera novela de Estela Canto es su estilo. Toda la prosa de su primera parte, principalmente, es de una incoherencia gramatical bastante grande, hasta tal punto que su lectura se resiente enormemente por esa causa. Más adelante, cuando pareciera que el novelista está dispuesto a resolver su tema, la prosa se aclara algo, pero aparece indudablemente ligada a una manera de escribir que prefigura todo el libro. Nos atrevemos a sugerir la presencia de una indudable influencia extranjera que desvirtúa la fluidez de su estilo.

Lo indudable es entonces que Estela Canto tiene condiciones de novelista, pero será necesario esperar otros libros suyos para ver el crecimiento de sus mejores aptitudes que se intuyen ya en éste.

Valentín Fernando.

**"UNO Y EL UNIVERSO"**, por Ernesto Sábato. Editorial Sudamericana.  
Bs. As., 1945.

Ernesto Sábato es una de los pocas mentalidades de tipo universal que existen en nuestro país. La base científica de su conocimiento le permite estructurar sus ideas en un sistema lógico perfecto, con lo que logra el objeto que persigue: burlarse de la **Lógica con mayúscula**, es decir, del **Sentido Común**, de la **Rutina** y de los **Lugares Comunes Prestigiosos**. Pero Sábato hace todo esto impulsado por un amor intrépido por la verdad, lo que da a su prédica condición de conducta y le impide caer en la frivolidad a la que, por desgracia, van a parar casi siempre los humoristas.

El prólogo de su libro es de una valentía aleccionadora por dos motivos: en primer lugar, por la posición que adopta al despedirse de las "altas torres" de la ciencia, que sólo son un puerto seguro para los espíritus cerrados a toda indagación filosófica; en segundo término, por la lucidez y decisión con que se lanza al "continente lleno de peligros de la conjetura", lo que permite afirmar que del ex-científico Sábato habrá de nacer un filósofo que honrará la vida espiritual argentina, ya que tiene ideas y pasión para luchar por ellas.

En este libro, que es un diccionario filosófico de poco volumen y mucha miga, Sábato se ocupa desde los problemas de la poesía pura hasta de los ya viejos de la desintegración del átomo, y lo hace con un pensamiento que puede parecer arbitrario (que es el otro nombre de la originalidad, cuando es violenta), y con un estilo de escritor perfectamente maduro, hasta en algunos galicismos de buen gusto indudable.

Este libro invita a pensar antes que a discutir, y éste no es el menor de sus méritos; tiene un aliento juvenil que se aparta razonablemente de cuanto pueda hacer pensar en la **Adolescencia Impetuosa Sin Freno**, pero que sirve, en cambio, para renovar y vivificar hasta la palabra **Aristóteles**; cada una de sus páginas y paradojas rebosa inteligencia de la mejor calidad y el conjunto produce un gozo intelectual auténtico.

Sospecho que Borges y Bertrand Russell cuentan entre sus amores más intensos. Digo de Sábato lo que él dice de Russell: es "brillante, paradójal, polémico, humorístico y profundo". Y pocas veces demuestra la penetración de su pensamiento, desde esta medida justa, como cuando hace la radiología ontológica de Borges, de quien dice que "ha hecho la ontología del truco y es el latinista del lunfardo".

Y además de todo esto, por las páginas de "Uno y el universo" corre un amor por la especie humana que sólo se da en los espíritus llamados a hacer algo por ella. Lo que es un destino.

**Pablo Palant.**



# VIDA DEL COLEGIO

## MEMORIA, INVENTARIO, INFORME DE TESORERIA Y BALANCE GENERAL.

Buenos Aires, octubre 29 de 1945.

### MEMORIA

El Colegio inició sus clases el 3 de Mayo. Se prosiguió con la labor de cursos y conferencias de acuerdo a los programas preparados por las Cátedras. La Cátedra "Mitre" de Estudios Históricos desarrolló un cursillo sobre "Del Imperio Romano a la Decadencia" que estuvo a cargo del Secretario de la misma, Prof. José Luis Romero. En la Cátedra "Lisandro de la Torre" de Economía Argentina, el Ing. Juan L. Tenenbaum dictó un cursillo sobre "Economía de los cultivos en la Argentina", y el Dr. Guillermo Walter Klein desarrolló un curso de dos clases semanales sobre "La moneda en el mundo actual". También en esta Cátedra se inauguró un Curso Colectivo sobre "El rumbo de la economía argentina durante la guerra" a cargo de los profesores Emilio Bottini, Bernardino L. Horne, Ricardo M. Ortiz, Ricardo Olivari, Arturo Frondizi, Jesús Prados y Homero B. de Magalhaes, pero no alcanzó a desarrollarse debido a la suspensión de las clases resuelta por el Consejo Directivo el 29 de Setiembre. Se realizó también una sesión pública durante la cual el doctor Juan José Díaz Arana hizo el comentario crítico del libro del ing. José A. Gilli: "La fábrica de Marx a Ford". La Cátedra "Alejandro Korn" de Filosofía contó con un curso de seminario sobre "La filosofía de la cultura" dictado por el prof. Francisco Romero. También disertó en ella el prof. Risieri Frondizi sobre "La filosofía contemporánea", y Vicente Fatone que desarrolló un curso sobre "Los problemas de la mística". Se celebraron, además, como de costumbre, reuniones todas las semanas con los adscriptos de la Cátedra, recibiendo en algunas de ellas a profesores extranjeros de filosofía, que tuvieron a su cargo las disertaciones. Así mismo el trabajo de intercambio ha sido muy activo durante el año. La Escuela de Filosofía de la University of Southern California (Los Angeles, E. U.) ofreció una beca anual de mil dólares a la Cátedra "Alejandro Korn". Aceptada, se propuso para este año al pro-

fecor Luis Farré, estrechamente ligado a la Cátedra y el cual fué aceptado, preparando actualmente su viaje.

El 17 de mayo tuvo lugar la inauguración de la Cátedra "Franklin Delano Roosevelt" de Estudios Americanos, creada por el Colegio al conocerse la noticia de la muerte del ilustre presidente de los Estados Unidos de Norte América. El acto estuvo a cargo de los señores Juan S. Valmaggia, Ricardo M. Ortiz, José María Cantilo y la Dra. Margarita Argüas, secretaria de la mencionada Cátedra.

Hubo un acto de homenaje al sabio español Pío del Río Hortega, recientemente fallecido en nuestro país. Hablaron en esa ocasión los Dres. Jorge Thenon, Moisés Polak y Felipe Jiménez de Asúa.

Nos visitó Octavio Véjar Vázquez, ex-ministro de educación de México, quien disertó sobre el tema "México y el problema de la educación."

Ocupó también la tribuna del Colegio un miembro de la Embajada Extraordinaria de Francia, el Dr. Raymond Ronze para referirse a "La crisis de las democracias en Europa antes de la guerra". Fueron dictados, además, diversos cursillos y conferencias, entre ellos el cursillo sobre "Arenas" a cargo del prof. Miguel M. Muhlmann, el del prof. Pablo Schostakovsky sobre "La cultura rusa frente a la occidental", la conferencia de la Sra. Simone Garma sobre "Publicaciones clandestinas de la resistencia francesa", "Cinco episodios de la historia de la matemática", por el prof. Francisco Vera, las clases de Ariel Maudet sobre "Roger Martin du Gard", cuatro clases del Dr. Emilio Mira sobre "Cuatro gigantes del Alma - El Amor; El Deber; La Ira y El Miedo".

Se dieron, además, clases de psicología, literatura, historia, educación, arte, matemáticas e idioma inglés. Se dictaron en total 25 clases y conferencias y 16 cursillos.

Las mismas dificultades de orden diverso que el año anterior impidieron la venida al país de profesores americanos invitados por el Colegio, subsistieron durante el año corriente. Por las mismas razones tampoco fué posible tomar contacto con grupos afines del interior. Estos dos aspectos de las relaciones culturales del Colegio los consideramos esenciales, y en cuanto sea posible serán las mismas reanudadas y acrecentadas.

De nuestras filiales cabe destacar la ponderable obra llevada a cabo por la de Bahía Blanca, que ha dado un verdadero ejemplo de perseverancia, de acierto en la elección de los temas desarrollados y de su capacidad para influir en el medio.

La revista "Cursos y Conferencias" ha continuado registrando, conjuntamente con el boletín, las actividades del Colegio.

La Tesorería ha proseguido su actuación encomiable, acrecentando el superávit del Colegio. Por separado podrá apreciarse su desarrollo por el informe presentado por el tesorero.

Los dos hechos que debemos mencionar especialmente son: el haber cumplido el Colegio quince años de su fundación —que fué el 20 de Mayo de 1930— y la suspensión voluntaria de sus clases a fines de Setiembre, como apoyo moral a la actitud asumida por las Universidades del país frente a la aguda crisis política y a la exigencia pública del retorno inmediato al régimen de la Constitución.

Juan José Díaz Arana - Arturo Frondizi - José A. Gilli (tesorero) - Roberto F. Giusti - Gregorio Halperín - Ricardo M. Ortiz - Luis Reissig (Secretario) - Francisco Romero - José Luis Romero - Jorge Romero Brest - Jorge Thenon.

**INFORME PRESENTADO POR EL TESORERO AL  
CONSEJO DIRECTIVO**

Buenos Aires, setiembre 30 de 1945.

Honorable Consejo Directivo:

Elevo a consideración del H. C. el Inventario y Balance General correspondiente al período comprendido entre el 1º de octubre de 1944 y el 30 de setiembre de 1945, para ser sometido a la aprobación de la Asamblea General Ordinaria. Acompaño un estado de los recursos y gastos al 30 de setiembre de 1945 y un cuadro comparativo de los mismos, a fin de ilustrar mejor el desenvolvimiento del movimiento de Tesorería.

Un moderado optimismo acerca de las finanzas de la Institución se desprende de la lectura atenta de esos documentos. La política de economías iniciada por el suscripto, con la aprobación del H. C., se ha proseguido en el presente ejercicio, aun cuando se observa un sensible aumento de los gastos generales (cerca de \$ 400.— m'n.). Dada la paralización de las actividades del Colegio, por motivos obvios, dicho aumento constituye una anomalía, en la cual esta Tesorería se propone no reincidir. Los gastos deben siempre ser proporcionales a las actividades específicas de la Institución. El cumplimiento estricto de esta regla será, para el suscripto, una norma invariable en lo sucesivo.

Aun cuando se ha prescindido de los servicios de un empleado (\$ 150.— m'n.), los aumentos de sueldos concedidos al personal administrativo no sólo absorbieron la economía resultante de esa supresión, sino que excedieron a ésta en \$ 20.— m'n. Ultimamente, se ha incorporado un cadete al personal administrativo (\$ 40.— m'n.) lo que viene a agravar aún más el gasto total por sueldos. El suscripto tiene la fundada esperanza de que el aumento verosímil de las actividades del próximo período lectivo del Colegio pueda ser atendido con el personal actual, a fin de observar rigurosamente la regla administrativa mencionada "ut supra".

Los recursos de Administración del Colegio están constituidos así: 75 %, de cuotas; 15 %, de ingresos a los cursos; 3 %, renta de títulos y 7 % en concepto de ingresos varios.

Los gastos se descomponen de este modo: 43 % por sueldos administrativos; 28 %, por alquileres; 10 %, gastos generales; 7 %, gastos de cursos; 7 %, gastos de propaganda y 5 %, gastos varios (aportes, amortización).

Los recursos de Revista se constituyen así: 73 %, de suscripciones; 14 %, avisos y 13 %, de venta de ejemplares. Los gastos se distribuyen: 86 %, por impresiones; 6 %, por comisión cobranza y 8 %, por otros gastos.

Se puede observar en el cuadro comparativo que los gastos demandados por la atención de los cursos han disminuído en \$ 2.000.— m'n., en números redondos, pero, a su vez, los ingresos por el mismo concepto se han reducido en \$ 1.400.—, más o menos.

La Institución puede decir con orgullo, una vez más, que no tiene un centavo de deuda. En caja posee cerca de \$ 1.900.— m'n.

Constituye para nosotros un motivo de legítima satisfacción llevar a conocimiento de los señores consocios que el fondo Pro-Edificio Propio se ha elevado a \$ 6.000.—, íntegramente formado por cédulas hipotecarias argentinas del 4 %.

Saludo al H. C. con respetuosa consideración.

JOSE A. GILLI.  
Tesorero

**EJERCICIO ECONOMICO COMPRENDIDO ENTRE EL  
1|10|1944 Y EL 30|9|1945  
INVENTARIO Y BALANCE GENERAL AL 30|9|1945**

**A C T I V O**

<b>Disponible:</b>			
Caja .....	\$	96.50	
Banco Popular Argentino, Cta. Cte	„	1.765.48	\$ 1.861.98
<hr/>			
<b>No Disponible:</b>			
Bco. Pop. Arg., Títulos en custodia (Beca Estud. Econ. \$ 14.513.90)	„	20.500.00	
<hr/>			
(Fondo Pro Edifi- cio Propio ..	„	5.986.10)	
<hr/>			
Bco. Popular Arg. Efectivo .....	„	890.45	
(Beca Bachill. Cien Autores .....	\$	782.45)	
<hr/>			
(Beca Estud. Econ. „		108.—)	
<hr/>			
<b>Fijo:</b>			„ 21.390.45
Muebles y Utiles .....	„	4.520.61	
Ediciones Colegio .....	„	222.70	
Colección Revista .....	„	903.37	
Existencia Revista .....	„	2.047.19	
Biblioteca .....	„	1.213.56	„ 8.907.43
<hr/>			
<b>Exigible:</b>			
Consignatarios .....	\$	889.99	
Deudores Varios .....	„	699.75	„ 1.589.74
<hr/>			
<b>Transitorio:</b>			
Consignaciones Recibidas .....			„ 304.10
<hr/>			
			„ 34.053.70
<hr/> <hr/>			

**P A S I V O**

<b>Exigible:</b>			
Acreeedores Varios .....	„	679.35	
Valores en Custodia .....	„	24.80	
Acreeedores por Consignación .....	„	50.—	„ 754.15
<hr/>			
<b>Transitorio:</b>			
Comitentes .....			„ 254.10
<hr/>			
<b>Exigible por Becas:</b>			
Beca Estudios Económicos .....	„	14.621.90	
Beca Bachillerato de los Cien Au- tores .....	„	782.45	
Impresiones Beca Estudios Econ.	„	500.—	„ 15.904.35
<hr/>			
<b>Exigible por Edificio Propio:</b>			
Fondo acumulado al 30 9 1944 ..	„	2.000.—	
Del superávit del Ejercicio .....	„	3.986.10	„ 5.986.10
<hr/>			
<b>Patrimonial:</b>			
Fondo Social al 30 9 1944 .....	„	9.752.14	
Superávit del Ejercicio acumulado al Fondo Social .....	„	1.402.86	„ 11.155.—
<hr/>			
			„ 34.053.70
<hr/> <hr/>			

Buenos Aires, 30 de setiembre de 1945.

JOSE T. LUENGO  
Contador

JOSE A. GILLI  
Tesorero

34.053.70

**EJERCICIO ECONOMICO COMPRENDIDO ENTRE EL  
1|10|1944 Y EL 30|9|1945**

**RECURSOS Y GASTOS AL 30|9|1945**

**R E C U R S O S**

<b>Ordinarios:</b>			
Cuotas .....	\$	19.067.—	
Ingresos Cursos .....	"	3.896.50	
Producido Revista .....	"	3.784.52	
Comisiones sobre Consignaciones .....	"	6.15	\$ 26.754.17
		<hr/>	
<b>Extraordinarios:</b>			
Renta de Títulos .....	"	660.—	
Donaciones en efectivo .....	"	250.—	
Donaciones en libros .....	"	164.—	
Descuentos .....	"	286.—	
Recursos Varios .....	"	555.85	" 1.915.85
		<hr/>	<hr/>
			" 28.670.02
			<hr/>

**G A S T O S**

Alquiler .....	\$	5.520.—	
Sueldos .....	"	6.559.35	
Gastos Cobranza .....	"	1.959.70	
Gastos Cursos .....	"	1.286.40	
Gastos Generales .....	"	1.876.91	
Propaganda General .....	"	1.281.30	
Distribución Colegio (Revista) .....	"	2.139.64	
Distribución Suscriptores (Revista) ..	"	1.438.65	
Aporte Jubilatorio Patronal .....		632.85	
Amortizaciones .....	"	586.26	" 23.281.06
		<hr/>	
<b>Superávit del Ejercicio:</b>			
Fondo Social .....	"	1.402.86	
Fondo Pro Edificio Propio .....	"	3.986.10	" 5.388.96
		<hr/>	<hr/>
			" 28.670.02
			<hr/>

Buenos Aires, 30 de setiembre de 1945.

JOSE T. LUENGO  
Contador

JOSE A. GILLI  
Tesorero

CUADRO COMPARATIVO DE RECURSOS Y GASTOS AÑOS 1944 y 1945

ADMINISTRACION

RECURSOS

C U E N T A S	Año 1944 m\$ñ.	Año 1945 m\$ñ.	Menos m\$ñ.	M á s m\$ñ.	% 1945
<b>Recursos ordinarios:</b>					
Cuotas .. . . . .	19.278.—	19.067.—	211.—	—	76,62
Ingresos Cursos .. . . .	5.231.40	3.896.50	1.334.90	—	15,66
Comisiones s/Consign. ..	25.05	6.15	18.90	—	0,02
<b>Subtotales .. . . .</b>	<b>24.534.45</b>	<b>22.969.65</b>	<b>1.564.80</b>	<b>—</b>	<b>92,30</b>
<b>Recursos extraordinarios:</b>					
Renta de Títulos .. . . .	330.—	660.—	—	330.—	2,65
Donaciones en efectivo ..	1.300.—	250.—	1.050.—	—	1,01
Donaciones en libros . . .	198.—	164.—	34.—	—	0,66
Descuentos .. . . . .	314.85	286.—	28.85	—	1,15
Recursos Varios .. . . .	828.51	555.85	272.66	—	2,23
<b>Subtotales .. . . .</b>	<b>2.971.36</b>	<b>1.915.85</b>	<b>1.385.51</b>	<b>330.—</b>	<b>7,70</b>
<b>TOTALES .. . . .</b>	<b>27.505.81</b>	<b>24.885.50</b>	<b>2.950.31</b>	<b>330.—</b>	<b>100,—</b>

	Ordinarios .. . . .	\$ 1.564.80
Recursos en Menos	Extraordinarios .. . . .	" 1.055.51
Año 1945	<b>Total .. . . .</b>	<b>\$ 2.620.31</b>

GASTOS

Alquiler .. . . . .	5.813.98	5.520.—	293.98	—	28,01
Sueldos .. . . . .	7.680.—	6.559.35	1.120.65	—	33,29
Gastos Cobranza . . . . .	2.114.48	1.959.70	154.78	—	9,94
Gastos Cursos .. . . .	3.303.20	1.286.40	2.016.80	—	6,53
Gastos Generales .. . . .	1.481.57	1.876.91	—	395.34	9,53
Propaganda General . . . .	1.938.12	1.281.30	656.82	—	6,51
Aporte Jubil. Patronal ..	—	632.85	—	632.85	3,22
Amortizaciones .. . . .	242.37	586.26	—	343.89	2,97
<b>TOTALES .. . . .</b>	<b>22.573.72</b>	<b>19.702.77</b>	<b>4.243.03</b>	<b>1.372.08</b>	<b>100.—</b>

Gastado en Menos Año 1945 m\$ñ. 2.870.95

Buenos Aires, 30 de setiembre de 1945.

JOSE T. LUENGO  
Contador

JOSE A. GILLI  
Tesorero

**R E V I S T A**  
**COMPARATIVO AÑOS 1944 Y 1945**

CONCEPTO	1944	1945	Menos	Más	% 1945
<b>RECURSOS:</b>					
Suscripciones . . . . .	5.327.67	2.999.—	2.328.67	—	73,30
Avisos . . . . .	587.50	550.—	37.50	—	13,50
Venta Ejemplares . . . . .	889.75	538.37	351.38	—	13,20
<b>Totales . . . . .</b>	<b>6.804.92</b>	<b>4.087.37</b>	<b>2.717.55</b>	<b>—</b>	<b>100,—</b>

Recursos en Menos Año 1945: \$ 2.717.55

<b>GASTOS:</b>					
Gastos cobranza . . . . .	360.—	319.60	40.40	—	6,—
Aporte Caja Jubilac. . . . .	68.21	41.10	27.11	—	1,—
Gastos Impresión . . . . .	5.123.—	4.643.90	479.10	—	85,50
Despacho (Franqueo) . . . . .	174.50	100.10	74.40	—	2,50
Fajas envoltura . . . . .	158.—	160.—	—	2.—	3,50
Gastos Generales . . . . .	80.82	65.27	15.55	—	1,50
<b>Totales . . . . .</b>	<b>5.964.53</b>	<b>5.329.97</b>	<b>636.56</b>	<b>2.—</b>	<b>100,—</b>

Gastado en Menos Año 1945: \$ 634.56.

Buenos Aires, 30 de setiembre de 1945.

JOSE T. LUENGO  
Contador

JOSE A. GILLI  
Tesorero

**EJERCICIO ECONOMICO COMPRENDIDO ENTRE EL**  
**1/10/1944 Y EL 30/9/1945**  
**COMO ESTA CONSTITUIDO EL FONDO SOCIAL AL 30/9/1945**

	m\$n.	m\$n.
<b>Activo Disponible:</b>		
Caja . . . . .	96.50	
Banco Pop. Arg., Cta. Cte. . . . .	1.765.48	1.861.98
<b>Activo Fijo:</b>		
Muebles y Utiles . . . . .	4.520.61	
Ediciones Colegio . . . . .	222.70	
Colección Revista . . . . .	903.37	
Existencia Revista . . . . .	2.047.19	
Biblioteca . . . . .	1.213.56	8.907.43
<b>Activo Exigible:</b>		
Consignatarios . . . . .	889.99	
A deducir: Impresiones Beca Es- tudios Económicos . . . . .	500.—	389.99
Deudores Varios . . . . .	699.75	1.089.74
		<b>11.859.15</b>
<b>A deducir:</b>		
<b>Pasivo Exigible:</b>		
Acreedores Varios . . . . .	679.35	
Valores en Custodia . . . . .	24.80	704.15
<b>Importe del FONDO SOCIAL . . . . .</b>		<b>11.155.—</b>

Buenos Aires, 30 de setiembre de 1945.

JOSE T. LUENGO  
Contador

JOSE A. GILLI  
Tesorero



## LOS COLABORADORES DE ESTE NUMERO

### MARGARITA ARGUAS:

La doctora Argúas, Secretaria de la Cátedra F. D. Roosevelt, se recibió en la Facultad de Derecho de Buenos Aires en el año 1926, con diploma de honor y premio accésit por su tesis "La regla locus regit actum en la legislación civil y la jurisprudencia argentina". En el año 1933 fué nombrada profesora por Concurso de antecedentes y en el 39 desempeñó el cargo de Secretaria de la delegación argentina al Congreso de Derecho Internacional. Ha publicado los siguientes libros: Tratado de Derecho Internacional Privado (en colaboración con el doctor Carlos Alberto Lazcano) y El Domicilio en el Derecho Internacional Privado.

En Octubre de 1943 renunció a su cargo de Profesora Adjunta de Derecho Internacional Privado manifestando así su solidaridad con los profesores firmantes del manifiesto del 15 de octubre que habían sido dejados cesantes de sus cargos.

### JUAN S. VALMAGGIA:

Abogado. Periodista. Profesor de Enseñanza Secundaria. Nacido en 1895: estudió en la Facultad de Derecho y en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, de donde egresó como profesor de francés en 1921, y de historia en 1922. En 1926 fué nombrado Profesor de Historia Moderna y Contemporánea en el Instituto Nacional del Profesorado y en 1934, profesor de francés en el Colegio Nacional Buenos Aires. En 1943, con motivo de haber firmado el manifiesto del 15 de octubre, fué dejado cesante de esos cargos. El señor Valmaggia no aceptó la reincorporación posterior. Es secretario general de redacción del diario La Nación desde 1931. Ha sido vice presidente del Circulo de la Prensa (1930-32) y presidente (1936-38). Actualmente es Presidente del Centro de Profesores Diplomados.

**RICARDO M. ORTIZ:**

Ver CURSOS Y CONFERENCIAS, año VIII, número 8, volumen XV, noviembre de 1939.

**JOSE MARIA CANTILLO:**

Diplomático y periodista. Nació en 1877. Estudió en la Facultad de Derecho de París y en la Sorbona. Actuó como diplomático desde 1906. En 1910 fué secretario del presidente Roque Sáenz Peña. Embajador en el Uruguay (1930-33), en Italia (1933-38). Ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la Nación (1938-40). En diversas oportunidades integró delegaciones argentinas ante la Sociedad de las Naciones y trabajó en la Comisión Preparatoria de la Conferencia Interamericana del Desarme. También intervino en el Consejo de Administración de la Oficina Internacional del Trabajo en Ginebra.

Obras: "Jardins de France" (poesías, 1906, París), "Los desorbitados", "La Ganga". Colaboraciones: en *Mercure de France*, *Revue de París* y en diarios de Buenos Aires.

**JORGE ROMERO BREST:**

Ver CURSOS Y CONFERENCIAS, año VII, números 7-8, volumen XIV, octubre-noviembre de 1938.

